

“UNIVERSIDAD”

REVISTA DE CULTURA Y VIDA UNIVERSITARIA



MUSEO NACIONAL
DEL PRADO

19/8816

BIBLIOTECA

Goya y la Medicina

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO DE PATOLOGÍA
Y CLÍNICA MÉDICAS DE 1927-28

POR EL DOCTOR

R. ROYO VILLANOVA



ZARAGOZA

Tip. «La Académica» — Galo Ponte, 3 y 5

1927



Sig.: 19/8816

Sig.sup.:

Tít.: Goya y la medicina : lección

n° TITN: 81384

Cód.:1132245



19/8816

“UNIVERSIDAD”

REVISTA DE CULTURA Y VIDA UNIVERSITARIA



Goya y la Medicina

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO DE PATOLOGÍA
Y CLÍNICA MÉDICAS DE 1927-28

POR EL DOCTOR

R. ROYO VILLANOVA



ZARAGOZA

Tip. «La Académica» — Galo Ponte, 3 y 5

1927



Ensayos y la Medicina

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACIÓN

CLÍNICA MÉDICA DE LA UNAM

1950

AVONIA L. GONZÁLEZ



A. 87.137

Goya y la Medicina

(Lección Inaugural del curso de Patología y Clínica médicas de 1927-28)

POR EL DOCTOR

R. ROYO VILLANOVA

EN la primera primavera, en el próximo abril, se cumplirán cien años de la muerte de D. Francisco Goya y Lucientes, el más español de los pintores de España y el más universal de los pintores españoles.

Este transcendentalismo de un artista aragonés y por contera zaragozano, es motivo más que suficiente, si ya no lo fuera la circunstancia de ser vuestro profesor de Medicina interna el presidente de la Junta del Centenario del otro sordo inmortal (el uno es Beethoven), para dedicar las primicias de este curso a las relaciones que esta excelsa figura de la civilización occidental, tiene con la medicina.

Y ciertamente que aquellas relaciones son muchas, variadas e interesantes.

El estado de la medicina en los primeros cinco lustros del pasado siglo, y muy particularmente en Zaragoza, Madrid, Valencia, Sevilla, Roma, París y Burdeos, que son las poblaciones españolas, italianas y francesas donde pasó la mayor parte de su vida el Genio.

Las enfermedades de Goya, su sordera, y su psiquismo.

Los médicos de D. Francisco.

La muerte del Artista.

La influencia de todo ello en su arte soberano.

Como véis, el campo a parcelar es muy extenso, y como las únicas porciones o capítulos en que lo hemos dividido no tienen igual importancia, no extrañaréis, por consiguiente, que dentro de la obligada rapidez con que hemos de recorrerlos empleemos más tiempo en unos que en otros, no sólo por el distinto interés que nos inspiren, sino también por los diferentes medios de exploración con que para cada uno podemos contar.

I

La Medicina a principios del siglo pasado.

Nada puede añadirse, por lo que respecta a España, a lo que indicamos en nuestro trabajo acerca de "Los médicos en los Sitios de Zaragoza" (1808) y que a la letra dice así:

"Aislados, en cierto modo, unos de otros, los diferentes Estados europeos y aun las distintas regiones de una misma nación, por la carencia de medios para comunicarse rápida y expeditamente, las diferencias de cultura entre los pueblos del continente eran muy grandes hace un siglo, y así como en el de oro de nuestra Historia estábamos nosotros más adelantados que la mayoría de los demás, en el siglo XVIII quedamos rezagados de tal modo, por lo que a la medicina se refiere, que a no ser por los esfuerzos críticos, preñados de buen sentido de tres ilustres sacerdotes de la época, los PP. Rodríguez, Feijóo e Isla, y por los tesoros de observación conquistados por Solano de Luque, Martín Martínez, Gaspar Casal y Andrés Piquer, la ciencia médica española hubiera caído tan hondo, que, al advenimiento del siglo XIX, las calamidades de todo género que durante la primera década llovieron sobre la patria, no hubieran encontrado nada que arruinar en el campo científico, por percibirlo como la palma de la mano de liso y sin relieve.

Mas aquellos varones insignes, en unión de otros menos ilustres por sus talentos, pero de mayor influencia por su posición, tales como los médicos de cámara de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, consiguieron con su merítísima labor, en la segunda mitad del siglo, salvar del completo naufragio la medicina española, la cual, sin embargo, no quedó en el floreciente estado que hubiera sido de desear, según se desprende, entre otras cosas, del estudio detenido de los documentos que acerca de las enfermedades y fallecimientos de aquellos monarcas escribieron los doctores de la Real Facultad.

Pero esta mezquina cultura médica de fines del siglo XVIII, fué agostada bien pronto en la primera década del XIX siglo, el cual, trayendo a nuestra España, con las escisiones políticas del interior y la guerra por nuestra independencia con el exterior, la peste, el hambre y el empobrecimiento general, vació sobre aquella pequeña floración científica todo el aluvión de desdichas bastante a aniquilar una

civilización robusta y vigorosa; cuanto más aquella muestra débil y mezquina de nuestro progreso intelectual.

Disueltos la Junta general de la Facultad por Real decreto de 2 de agosto de 1801 y el Protomedicato por Real orden de 1804; deshecho el gabinete de Historia natural de Madrid por la incuria y el abandono oficiales; desiertos los Colegios médicos de provincias y todavía más faltos de ciencia que de alumnos, el yatroquimismo más escandaloso y mil veces más perjudicial que los sistemas de Brown, Boerbave, Hoffman, Kem, Santorio, Silvio, Vamhelimont y Paracelso, substituyó, en la teoría y en la práctica médicas, al arqueo y al espiritualismo, a los *fermentos volátiles* y a las *acrimonias*, al *húmedo radical* y a la *estática*, a los *flatos* y al *solidismo*, al *espasmo-atonía* y a la *estenia-astenia*, y de tal manera se apoderó aquel yatroquimismo del ambiente científico de la época, que llegaron a estudiarse enfermedades *calorinenses* y *oxigenenses*, *hidrogenenses* y *azotenses*, *fosforenses* y *letopsias*.

En medio de este aniquilamiento científico, dos hechos se destacan, como dignos de alabanza, y que fueron el exiguo rescoldo sobre el cual los vientos del progreso soplaron la llama de creciente brío y desarrollo que desde la mitad del siglo pasado ilumina nuestra cultura actual.

Estos dos hechos son, los concienzudos estudios que acerca de la fiebre amarilla se hicieron en toda la península, y la expedición que, para conducir la vacuna a nuestros vastísimos dominios de Ultramar, en Asia y América, salió del puerto de la Coruña, el 30 de noviembre de 1807. La vacunación o la no vacunación y el estudio de la fiebre amarilla eran los asuntos que en unión de la contagiosidad o no contagiosidad de la tisis preocupaban a la ciencia médica española y a sus miembros más ilustres. Lo mismo que en el resto de la península, en Zaragoza, los médicos formaban dos partidos para cada una de estas tres cuestiones.

Desgraciadamente, los que opinaban que la vacuna era más perjudicial que beneficiosa fueron en mayor número. Respecto a la fiebre amarilla, los más opinaban que la quinina era el remedio. Por lo que se refiere a la tisis, forzoso es confesar que la opinión era casi unánime en admitir como buenas las ideas del Dr. Jaime Bonells, médico del duque de Alba, del Dr. Jaime Iberti, médico y privado del privado D. Manuel Godoy, y del Dr. D. Santiago García, quienes pretendieron probar con *razones*, *autoridades* y *experiencias*, que la tisis no es enfermedad contagiosa.

Para acabar de formarse un juicio aproximado del estado científico de la medicina en la época de los Sitios de Zaragoza, bastará decir que nuestra Facultad no existía en 1808, pues suprimida por el plan de 1807, no volvió a formar parte de la Universidad hasta 1814.

En este año, como en el de 1807, la carrera se componía de un curso de Anatomía, otro de Botánica, otro de Fisiología e Higiene, otro de Patología y Terapéutica, otro de Materia médica y tres cursos de Afectos internos mixtos y externos con sus clínicas. Los libros de texto donde aquellas materias se estudiaban fueron para Anatomía el Heister, para Botánica Linneo, para Fisiología e Higiene Boerhave, para Afectos internos, mixtos y externos Boerhave, y para Materia médica, Hipócrates (1). Como puede verse, el nivel intelectual y científico de la medicina zaragozana en aquella época dejaba mucho que desear.

No todo, sin embargo, de lo que a la ciencia médica se refiere, estaba a igual enana altura, y consuela el ánimo leer en una obra francesa, publicada en París por aquella fecha, el párrafo siguiente: "Tenemos que envidiar a cierta nación vecina un ejemplo que nunca será bastante conocido. No lo presenta Inglaterra ni Alemania, sino España, en una de cuyas ciudades, Zaragoza, existe un asilo para enfermos y principalmente para locos de todos los países y de todos los gobiernos con la sencilla inscripción *Urbis et orbis*. Los celosos fundadores de este establecimiento se propusieron, no sólo plantear el trabajo mecánico, si que también hacerlo servir de contrapeso a los extravíos de la inteligencia, por la afición que inspira y el deleite que proporciona el cultivo de los campos, y por el natural instinto que conduce al hombre a labrar la tierra y satisfacer sus necesidades con el fruto de su industria.

Desde el amanecer, unos orates se ocupan de las tareas del servicio doméstico; otros pasan a sus respectivos talleres, y los más se dividen en pelotones que, bajo la dirección de vigilantes inteligentes e instruídos se esparcen por las fincas propiedad de la Beneficencia, donde se ejercitan con emulación benéfica en los trabajos agrícolas propios de la estación. El día se pasa en una actividad continua, solamente interrumpida por intervalos de descanso. El cansancio y la fatiga proporcionan por la noche un sueño reparador, demostrando la experiencia que es este procedimiento el medio más seguro y eficaz para recobrar el uso de la razón. Por consiguiente, deben esperarse curacio-

(1) Borao: *Historia de la Universidad de Zaragoza*.

nes operadas con esa vida activa, ya que las locuras de los bien acomodados, los cuales se niegan por sí o por los suyos a dedicarse a los trabajos corporales o manuales, resultan incurables casi siempre. Sin embargo, desde los tiempos más remotos, también los enfermos distinguidos salen diariamente a paseo por las afueras de la capital”.

“El hombre es consolado de este modo en la mayor y más horrible de sus desgracias. Su dignidad ha salido victoriosa. Inglaterra y Francia se llevan la palma de este triunfo, qué de justicia pertenece a España por el Hospital Manicomio de Zaragoza” (1).

Sin embargo, de la obra de Goya no se desprende aquella visión halagadora del gran mentalista cuyo centenario, en unión del de Vulpian, acaba de celebrarse en París. Sus cuadros y dibujos sobre temas de locos y locuras, tomados en el célebre manicomio producen en el ánimo del que los contempla, como seguramente ocurrirá en vosotros cuando los apreciéis en el momento oportuno de esta conferencia, tal impresión de dolor y desconsuelo que entenebrece el ánimo, considerar cómo serían los manicomios del resto de Europa, si el estimado como modelo es tal como Goya lo pintó.

Desde el punto de vista clínico, los médicos que tuvieron que ver con la salud, las enfermedades y la muerte de Goya, estaban influídos, como todos los de aquella época, lo mismo en España que en Francia y en Italia por las doctrinas del genial y elocuentísimo Broussais y los evacuantes y las sangrías hicieron lo suyo en el tratamiento de las afecciones del gran pintor.

II

Historia clínica de Goya, sus enfermedades, su sordera, su oftalmia, su psiquismo.

Al comenzar este capítulo llega a mis manos un periódico americano escrito en inglés y con el retrato de una dama que ejerce actualmente en la Universidad de Salamanca el cargo de “*doctora en guitarra*” con la obligación de acompañar a las estudiantinas que todas las noches rondan las calles de la ciudad.

(1) Pinel: *Traite Médico-Philosophique sur l'alienation mentale*. París, 1808.

Así tratan todavía, la mayor parte de los extranjeros, las *cosas de España*, a pesar del turismo, de los Congresos de prensa, de los intercambios, de los cursos para extranjeros y de las múltiples atenciones que se les guardan.

Después de este insigne oprobio en pleno año de 1927, ¿quién toma en serio lo que franceses, ingleses y alemanes han dicho de nosotros y de nuestros hombres en el pasado siglo?

Por eso declaro que, a excepción del libro de Mayer, nos atengamos a la bibliografía de Beruete, Conde de la Viñaza, Zapater y Calleja, sin tomar para nada en consideración las falsedades y tonterías de Matheron, Iriarte y otros todavía más indocumentados y ligeros que aquellos dos.

Francisco de Goya y Lucientes nació en Fuendetodos el día 30 de marzo de 1746, en la casa núm. 15 de la calle de la Alfóndiga, en el barrio bajo. Se bautizó en aquella iglesia parroquial al día siguiente. Sus padres eran labradores y a su lado y en el pueblo vivió hasta 1760. En esta época, o sea a los catorce años de edad, marchó a Zaragoza, donde estuvo perfeccionando su arte nativo, al lado de José Luzán y Juan Ramírez, unos doce años, saliendo para Madrid hacia 1772, en cuya villa y corte casó cuatro años después, hacia 1776, con Josefa Bayeu, hermana del pintor del mismo apellido. En enero de 1777 tuvo su primer hijo y tres años después, en 1780, regresó a Zaragoza para pintar los frescos de la Basílica de Nuestra Señora del Piñar, permaneciendo hasta junio del siguiente año de 1781 en que volvió a Madrid, donde fué nombrado pintor del Rey, en 1786, en cuyo cargo le confirmó Carlos IV, quien diez años más tarde le nombró primer pintor de cámara, en 1799. Durante este tiempo, Goya estuvo en Roma y Valencia (1788), donde dejó muestras de su arte peregrino, pasando los primeros años del siglo entre la corte y los Sitios Reales de Aranjuez, San Ildefonso y El Escorial.

En 1808 estuvo otra vez en Zaragoza después de los famosos sitios en la guerra de la Independencia. En 1817 fué a Sevilla para pintar el cuadro de las patronas de la ciudad, las loceras de Triana Justa y Rufina. En 1824 fué a Francia para hacer en Plombières una cura de aguas, que el año 1825 repitió en Bagnères, visitando entonces París y Burdeos, donde permaneció hasta el año siguiente en que regresó a Madrid en mayo de 1826, volviendo al poco tiempo para no salir ya sino cadáver, en 1899, después de haber fallecido en 1828, el 16 de abril.

¿Cuál fué el comadrón, tocólogo, diríamos ahora, que asistió a

doña Gracia Lucientes en su dichoso parto? ¿Qué enfermedades tuvo y quién y cómo se las curó en los primeros catorce años de su vida? Y en los doce años que estuvo en Zaragoza, hasta los 26 de su existencia ¿gozó de buena salud?

Hasta que casó con Josefa Bayeu ¿cómo le fué por Madrid a su organismo?

Y después de casado, hasta su muerte, ¿qué enfermedades padeció y qué médicos las trataron en la villa y corte, en Zaragoza, en Roma, en Sevilla, en Valencia, en Aranjuez, en París y en Burdeos?

Por el estudio hecho del libro de bautizados en la iglesia de Fuentodos se desprende que la *comadre* que asistió el parto en que vino al mundo D. Francisco de Goya y Lucientes fué Josefa Gimeno, ignorándose si prestaría también su auxilio el *maestro cirujano* don Juan Diego, quien ejercía de tal en la citada villa, según datos que nos han sido suministrados por el actual cura párroco D. Juan Martín.

El considerable volumen de la cabeza de Goya, muy parecida a la de Beethoven, su contemporáneo y compañero en arte y en sordera, hacen presumir que sería un parto de alguna dificultad, de los que requieren el empleo de forceps y que por consiguiente, sería probable que en el trance apurado la comadre llamase al comadrón.

Al decir de Mayer, en 1759, en Fuentodos tuvo una enfermedad que le debilitó el oído, cuya hipoacusia se acentuó en la enfermedad de 1777 y se convirtió en sordera completa en 1792.

Ni en las Cartas de Zapater (Zaragoza 1868), ni en la extensa monografía de Lafort (París, 1877), ni en los apuntes biográficos de Madrazo (Madrid del año 1880 a 1884), Mérida (Madrid, 1863) y Ossorio y Servand (Madrid, 1870), ni en el admirable libro del Conde de la Viñaza (Madrid, 1887), ni en el interesante del editor Calleja (Madrid, 1924), se achaca a fecha tan precoz como lo hace el eminente catedrático de München, la sordera del insigne artista, por lo cual nos permitimos dudar de la autenticidad del hecho que, por lo demás, no tendría nada de raro como consecuencia de una otitis sufrida durante el sarampión, enfermedad frecuentísima, más entonces que ahora y complicación más probable, que ahora, entonces.

Durante su primera y más prolongada estancia en Zaragoza, desde el año 1760 hasta 1767 o fines de 1766, nada se sabe de la salud de Goya y todo hace suponer que fué espléndida, si consideramos las andanzas que se le atribuyen y que, según algún autor, determinaron su marcha a la Corte.

La misma falta de datos lamentamos durante sus primeros años en Madrid y al siguiente, del 71 al 72, en Zaragoza.

Tampoco hemos conseguido saber nada a este respecto durante la época de su estancia en Roma (de 1772 a 1774). Las búsquedas de mi hijo Ricardo en la capital de Italia en el año 1924 y las gestiones, posteriores, de D. Hermenegildo Esteban, el insigne artista subdirector de la Academia Española en la ciudad de los Papas, han sido infructuosas.

De regreso de Roma y no se sabe si con alguna escapada a su tierra del Ebro, Goya estuvo en Madrid desde 1775 hasta 1778 y fué en esta época cuando casó con doña Josefa Bayeu el 31 de octubre de 1776. Tuvo su primer hijo el 22 de enero de 1777 y en este mismo año sufrió una grave enfermedad de la que curaba en el mes de abril.

¿Qué enfermedad fué aquélla? ¿Quién le asistió? ¿Cómo quedó su salud después de la intensa crisis?

La primera enfermedad que sufrió Goya en Madrid fué en febrero o marzo de 1777, después de casado y padre de familia, según se desprende de una carta a su amigo Zapater, escrita en Madrid, de aquel año, en la que le dice: "Pues amigo, ya estoy bueno; gracias a Dios que me he escapado de buena...".

El eminente doctor Mariscal, académico eruditísimo y gran conocedor de aquella época supone se trataría de algo semejante a lo que padeció años más tarde, a principios del siglo XIX, y que él mismo califica entonces de *tabardillo*, nombre genérico de toda enfermedad aguda y de fiebre alta.

Es posible que en Zaragoza padeciese algún ataque de reumatismo durante su estancia del 1778 al comienzo del 1781, según se desprende de su carta a Zapater que más atrás transcribo. Si fué así, el médico que le asistió debió ser *Ortiz*, que era el de su familia, pues en carta del 13 de noviembre, hablando de la gravedad de su padre, dice lo siguiente:

"También estoy aguardando la funesta noticia de que mi padre fallezca el mejor día, pues me escriben dándome muy pocas esperanzas y el médico (que es Ortiz) también me lo ha escrito".

En agosto de 1781 escribe al mismo amigo entre otras cosas, quejándose de una exacerbación en los dolores que padecía y cuya exacerbación la atribuye a los disgustos que le dieron en Zaragoza aquel año y el anterior con motivo de los bocetos para la Basílica del Pilar, y añade:

"He estado muy apretado; Dios ha querido aliviarme".

En esta misma época de su residencia en Madrid padeció la cojera de que habla en 7 de julio de 1785, fecha de una carta en la que dice lo siguiente:

“+ Querido Martín: Como iba diciendo en mis anteriores, voy a ver si me dejan satisfacer mi gusto en escribirte largo, ya que estoy cojo de una caída que tuvimos con el birlocho que ya estaba medio ajustado en 90 doblones que es cierto que es alhaja (no hay sino tres en Madrid como él) es a la inglesa y hecho allá, tan ligero y no se encontrará más que él con un herraje excelente dorado y acharolado, vaya; aun aquí se para la gente a mirarlo. Salimos a probarlo con un caballo que también compraba, muy bueno, ya de diez años, pero con todas las circunstancias de bueno para el fin, íbamos su dueño y yo tan grandemente, bellissimo movimiento y en nada parece que cabría mejora. Fuera ya de Madrid empezamos a correr grandemente. Llevaba yo los cordones y me dijo ¿Quiere V. que le haga yo revolver a lo napolitano? (que él lo era). Le di los cordones deseoso de ver alguna cosa nueva y aprenderla, y corriendo a galope como iba, en lo ancho del camino, que aunque era ancho no era para imaginar lo que él ejecutó. Conque la vuelta fué que fuimos a parar, birlocho, caballo y nosotros, dando volteretas. Y muchas gracias a Dios de lo poco que fué, que el peor librado fuí yo. Y no es más que estar desde el día de Santiago que sucedió, hasta hoy que espero a mi cirujano de cámara a ver si me da licencia de andar algo, que por el tubillo la pierna derecha es la ofendida pero no hay rotura ni dislocación”.

Al año siguiente, en 1787, se repitió el percance, según se desprende de la siguiente carta de 7 de abril:

“Ya no quiero birlocho de dos ruedas, el otro día bolqué y cuasi maté a un hombre que andaba por la calle y yo no me hice mucho probecho, me sangré...”.

En 28 de noviembre de este mismo año 87 decía a su amigo:

“Me he vuelto viejo con muchas arrugas que no me conocerías sino por lo romo y por los ojos hundidos... lo que es cierto que ya voy notando los 41 y tal vez tu te conservarás como en la escuela del P. Joaquín”.

En 4 de enero de 1794 escribe desde Madrid a D. Bernardo de Iriarte una carta que comienza así:

“Para ocupar la imaginación mortificada en la consideración de mis males y para resarcir en parte los grandes dispendios que me han ocasionado...”.

Ello quiere decir que los achaques que ya comenzó a lamentar a los

41 años fuéronse acentuando al llegar a los 48 y se agravan al pasar de la cincuentena, según se desprende del escrito presentando la dimisión de su cargo de Director de Pintura en Madrid de 1797, donde dice hablando en tercera persona, pero refiriéndose a la suya:

“...Pero ve en el día que en vez de haber cedido sus males se han exacerbado más...”.

“Amadó Martín—le dice a Zapater, en carta escrita en los primeros años del siglo en que murió—: he estado a la muerte de resulta de los calores de Aranjuez con un tabardillo a la cabeza...”.

En aquellos tiempos se llamaba *tabardillo* a toda fiebre alta y aun hoy se conserva el nombre de tabardillo pintado al tifus.

Tratárase del tifus exantemático, de la fiebre tifoidea, de alguna fiebre paratífica o gripe de forma cefálica o nerviosa, lo cierto es que a fines de 1819, según consta en documentos que posee doña Beatriz Quintano, bisnieta del padre del Dr. Arrieta, que fué quien le asistió, padecía la tal enfermedad, la cual, como el mismo paciente declara, se presentó con manifestaciones a la cabeza, que serían o fuertes dolores o intensos delirios o ambas cosas, lo cual es muy frecuente en los procesos infecciosos que entonces se englobaban en el nombre o apelativo de tabardillo.

Seguramente, el afamado doctor haría uso, en beneficio del enfermo, según la moda terapéutica de entonces, de abundantes sangrías que no le vendrían mal, dada su constitución apoplética.

Lo cierto es que Goya curó y curó tan perfectamente como lo revela su carta a Zapater y su agradecimiento al Dr. Arrieta de que es prueba bien patente el magnífico cuadro en que aparece el citado médico dando un brebaje al pintor, y de cuyo lienzo nos ocuparemos luego.

El mismo Dr. Arrieta debió aconsejarle para sus achaques las aguas de Plombieres y de Bagneres de Bigorre que fué a tomar el pintor en 1824.

Digo esto porque habiendo sobrevivido el médico a su cliente, ya que Arrieta hizo su último testamento el 9 de marzo de 1829, es lógico pensar que no cambiaría de doctor, habiendo quedado tan satisfecho de su asistencia en la enfermedad que padeció diez años antes, y no disminuído, sino por el contrario, acrecentado la fama del galeno durante aquellos años, según veremos más adelante.

Ahora bien; lo mismo Plombieres, aguas calientes arsenicales débilmente mineralizadas, que Bagneres de Bigorre, también calientes y sulfatadas cálcicas de altura moderada semejante, que apenas pasa

de 500 metros sobre el nivel del mar, estaban entonces, como lo están ahora, indicadas para reumáticos nerviosos y paralíticos, lo cual hace suponer que, por aquellos años del 22 al 23, Goya tuvo algún ictus apoplético que le dejó más o menos claudicante en sus funciones nerviosas, sobre todo motrices, contra cuyas secuelas, preludios a la vez de la enfermedad que le ocasionó la muerte tres años después, le prescribió el médico, aparte de otros remedios, las aguas indicadas.

Su carta dirigida a D. Joaquín Ferrer, en París, y fechada en Burdeos en diciembre de 1825, dice al terminar:

“Agradézcame mucho estas malas letras porque ni vista, ni pulso, ni pluma, ni tintero todo me falta, y sólo la voluntad me sobra...”.

En 7 de mayo de 1826 escribe Moratín a Melon diciéndole que Goya regresa a Madrid, enfermo, y añade:

“Si tiene la suerte de hacer el viaje y llegar con vida a Madrid, ya puedes darle la enhorabuena a su llegada. Y si no llega, no me extrañará nada, pues el más ligero trastorno puede acabar con él en un rincón de cualquier posada...”.

La carta dirigida a su hijo Javier, a la calle de Valverde, núm. 15, en Madrid, y fechada en Bordeaux el 26 de marzo de 1828, es decir, veinte días antes de morir, le dice:

“Yo me hallo mucho mejor y tengo esperanzas de quedar como estaba antes del *insulto*; y la mejoría se la debo a Molina, que me ha estado diciendo que tomase la valeriana, yerba hecha polvos, y estoy muy contento con mi mejora para recibir mis amados viajeros”.

Obsérvese que de la misma manera que habla de *tabardillo* escribiendo a Zapater después de su enfermedad de los años 1818 a 1819 en Madrid, diagnostica aquí de *insulto* lo que sufrió en Bordeaux diez años después.

Ahora bien; en aquella época, *insulto*, en el lenguaje médico-vulgar, era sinónimo de *ataque* y muy especialmente de *ataque apoplético* o *hemorragia cerebral*, mejor que embolia, epilepsia, pitiatismo cosas todas ellas que pueden presentarse con la brusquedad requerida para que el proceso se llame tal *ataque* o *insulto*.

Hasta aquí la historia clínica de Goya y Lucientes, de la que se desprenden los siguientes hechos, muy interesantes:

1.º Fué hijo de una familia numerosa que contó hasta veinte hijos. Es decir, que nuestro artista tuvo 19 hermanos.

2.º El considerable desarrollo de su cráneo hace suponer que vino al mundo con dificultad, quién sabe si con ayuda del forceps, instru-

mento inventado precisamente cien años antes, el 1600, por Peter Chamberlen.

3.º La miopía bien notada en sus autorretratos.

4.º Es probable que un sarampión que pudo padecer en Fuentetodos, a los once años, le determinase alguna otitis, causa de la iniciación de la sordera, intensificada en 1777 a consecuencia de la enfermedad aguda que padeció en Madrid y que se hizo definitiva en 1792, es decir, a los 46 años después de las dolencias y traumatismos citados que, juntamente con él proceso vascular cerebral que se fué manifestando después, le hizo agrio de carácter y quisquilloso en extremo.

5.º Los dolores reumáticos de que se queja por los años 780 y 81 en Zaragoza y Madrid.

6.º Las caídas en Madrid en los años de 786 y 787.

7.º La iniciación de la arterio-esclerosis en 1787.

8.º La acentuación de sus achaques en 1794 y en 1797.

9.º El tabardillo de 1819.

10.º Sus curas de aguas francesas en 1824.

11.º Su confesada y lamentable decrepitud en 1825.

12.º Los fundados y tristes augurios de Moratín en 1826.

13.º El resplandor instantáneo de la llama mortecina próxima a extinguirse, bien acusado en la carta a su hijo en 1828.

Todo ello influyó en el psiquismo del artista sin par de aquella época, en la cual todos los grandes pintores que florecieron en el mundo, Mengs, Hogarth, Watteau, Overbeck, Constable, Turner y David, son planetas de segunda magnitud girando en el cielo de la pintura alrededor del genio de Goya, cuya influencia en el arte y en la civilización occidental sólo puede compararse con la de Murillo, Velázquez, Van Dyck, Rembrandt, Rafael, Rubens, Ticiano, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Tintoretto, Alberto Durazo, Massaccio y Giotto desde el siglo anterior a Goya hasta el medioevo.

El psiquismo de Goya, según veremos más adelante, fué el de todos los sordos que, puestos en el balancín de aquella época oscilante entre la fe religiosa y el enciclopedismo, se inclinaban hacia el último demostrando su rebeldía, su tristeza, su ideario reivindicatorio y sus testarudeces de persecución, bien patentes, sobre todo estas últimas, en las cartas en que se queja de envidias, injusticias y malas voluntades, lo mismo al hablar de sus trabajos en la corte que en los de las cúpulas del Pilar.

III

Los médicos de Goya

No tenemos noticia más que de seis, porque otros dos de quienes también hablaremos, uno no sabemos si fué médico de Goya, y otro, aunque lo fué de Goya, no sabemos si fué médico.

D. Juan Diego, maestro cirujano que ejercía en Fuendetodos cuando nació Goya y algunos años después.

El licenciado Ortiz, que profesaba la Medicina en Zaragoza al final del siglo XVIII.

El cirujano de cámara de Carlos IV, por los años de 1780 a 1790.

El Dr. D. Eugenio García Arrieta.

El Dr. Peral.

El Dr. que firmase su papeleta de defunción en 1828.

De ellos conocemos el nombre de cuatro; algo más que el nombre de dos; y nada absolutamente de otros dos: el cirujano del Rey y el que asistió a D. Francisco en los últimos momentos.

De aquellos cuatro médicos de quienes conocemos algo más que el nombre y que fueron dos, el Dr. Peral y el Dr. Arrieta, pocas noticias podemos dar.

El Dr. Peral o Peyral, según otros, está representado de cuerpo entero en un lienzo de 0'92 de alto por 0'62 de ancho. Fué pintado en 1797 y adquirido por el marqués de la Vega Inclán para la National Gallery de Londres, donde figura con el núm. 1951.

Otra reproducción de este personaje, pintada hacia 1790, lo representa de medio cuerpo en un lienzo de 0'92 de alto por 0'65 de ancho y figura en las Galleris Bechistir de La Haya.

El ilustre comisario de Turismo marqués de la Vega Inclán, ha tenido la bondad de proporcionarnos una fotografía del cuadro de Londres que no está reproducida en las magníficas colecciones de Beruete, Mayer ni Calleja.

El Dr. D. Engenio García Arrieta era natural de la villa de Cuéllar en la provincia de Segovia y gozó de gran predicamento en aquella época, pues contaba entre sus clientes a las familias del conde de Noblejas, mariscal de Castilla, de los de Montijo y de Baños y de los duques de Montellano y del Arco y precisamente al año siguiente de

curar a Goya fué nombrado por R. D. del 14 de junio de 1820, miembro de una comisión encargada de estudiar el estado en que se encontraban las costas vecinas del Africa, desoladas por el cruel azote de la peste de Levante.

Seguramente el afamado doctor haría uso de las sangrías abundantes, según la terapéutica de entonces.

El retrato de Arrieta pintado por Goya en 1827 y con el cual quiso pagar a su amigo y doctor la cariñosa asistencia en la grave enfermedad de 1818 a 1819 que puso en peligro su vida, es un cuadro de medias figuras de tamaño natural en el que se representa al pintor incorporado en el lecho en actitud de tomar una medicina que le da Arrieta, y del cual dice el notable crítico de arte Dr. Valentín Cardenera, que llama la atención por la semejanza y expresión de ambos personajes, por la espontaneidad del pincel y por el efecto vaporoso de la escena, sin grandes alardes de claro-oscuro.

Por lo demás, de la consideración que nuestro ejercicio profesional merecía al artista, son prueba, de una parte el lienzo pintado en 1779 para la serie de tapices con el título *El médico*, de 0'96 de alto por 1'20 de ancho y que figura en el Museo Nacional de Scocié, en Edimburgo, y el boceto para el capricho núm. 40, en el que figura un asno oficiando de médico a la cabecera de un enfermo.

¿Intervendría también en alguna de las enfermedades de Goya el médico a quien representa en el *Retrato de un médico*, que figura con el núm. 182 de la Colección editada por Calleja? En él aparece un galeno de frente despejada, blancas melenas, rasurado semblante, cejas pobladas, nariz aventajada, boca fruncida y mirada inteligente y bondadosa, cuyo rostro pleno de espíritu y de luz destaca sobre el fondo obscuro del lienzo y aun sobre el blanco nítido de la gran corbata y de la chupa solemne de raso prócer. ¿Será este retrato el del médico Ortiz, de Zaragoza? ¿Será el de aquel médico, que no sabemos si fué médico y que en Burdeos le recomendó el polvo de valeriana?

Por último, ¿pensaría en alguno de los médicos que le asistieron al trazar su maravilloso y epigramático dibujo en que aparece a la cabecera del enfermo y mirando de reojo el reloj de pulsera que no había de descubrirse hasta un siglo después, el espléndido asno que toma el pulso con seriedad y empaque doctoral?

IV

Ultima enfermedad y muerte de Goya

No hemos podido adquirir el certificado médico donde se acredite la fecha de su fallecimiento y la enfermedad a que sucumbió, pero ya dicen lo bastante los siguientes documentos del duque de Híjar y del adjunto Coursson:

“Real Sumillaria de Corps.—A las dos de la mañana del día 16 de abril próximo pasado falleció en la ciudad de Burdeos, Reyno de Francia, D. Francisco de Goya y Lucientes, primer pintor de Cámara de S. M., jubilado, a los 16 días de una parálisis en el lado derecho, que terminó en un accidente apoplético. Lo que aviso a V. S. para la superior noticia del Rey N. S.—Dios guarde a V. S. muchos años. Palacio 8 de Mayo de 1828.—J. El Duque de Híjar, Marqués de Orani. Sr. D. Francisco Blasco.

Al margen, en lo alto, en dirección ordinaria, dice:

“Primera Sección número quinientos siete

Y más abajo, también al margen, en la propia dirección: Francisco de Goya y Lucientes

Y dentro: Estado civil

Fallecimientos

Corregimiento de la Ciudad de Burdeos, Departamento del Gironda. De los libros del Registro de las Actas o Partidas de fallecimientos del presente año ha sido copiado lo que sigue:

El día diez y seis de Abril de mil ochocientos veinte y ocho fué depositado en la Oficina del Estado Civil un proceso verbal, hecho por el Comisario de fallecimientos, del cual resulta que el Señor Francisco de Goya y Lucientes, de edad de ochenta y cinco años, natural de Fuentetodos (España), viudo de la Señora Josefa Bayeu, hijo de los ya difuntos....., ha fallecido en el día de hoy a las dos de la mañana, Fosos de la Intendencia, número treinta y nueve, según declaración de los señores José Pío de Molina, hacendado, residente en la misma, y Romualdo Comerciante, residente en la calle de Tourny, número treinta y seis, testigos mayores de edad que han firmado el sobredicho pro-

“UNIVERSIDAD”

REVISTA DE CULTURA Y VIDA UNIVERSITARIA



MUSEO NACIONAL
DEL PRADO

19/8816

BIBLIOTECA

Goya y la Medicina

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO DE PATOLOGÍA
Y CLÍNICA MÉDICAS DE 1927-28

POR EL DOCTOR

R. ROYO VILLANOVA



ZARAGOZA

Tip. «La Académica» — Galo Ponte, 3 y 5

1927



Sig.: 19/8816

Sig.sup.:

Tít.: Goya y la medicina : lección

n° TITN: 81384

Cód.:1132245



19/8816

“UNIVERSIDAD”

REVISTA DE CULTURA Y VIDA UNIVERSITARIA



Goya y la Medicina

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO DE PATOLOGÍA
Y CLÍNICA MÉDICAS DE 1927-28

POR EL DOCTOR

R. ROYO VILLANOVA



ZARAGOZA

Tip. «La Académica» — Galo Ponte, 3 y 5

1927



Ensayos y la Medicina

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACIÓN

CLÍNICA MÉDICA DE LA UNAM

1950

AVONIA L. GONZÁLEZ



A. 87. 137

Goya y la Medicina

(Lección Inaugural del curso de Patología y Clínica médicas de 1927-28)

POR EL DOCTOR

R. ROYO VILLANOVA

EN la primera primavera, en el próximo abril, se cumplirán cien años de la muerte de D. Francisco Goya y Lucientes, el más español de los pintores de España y el más universal de los pintores españoles.

Este transcendentalismo de un artista aragonés y por contera zaragozano, es motivo más que suficiente, si ya no lo fuera la circunstancia de ser vuestro profesor de Medicina interna el presidente de la Junta del Centenario del otro sordo inmortal (el uno es Beethoven), para dedicar las primicias de este curso a las relaciones que esta excelsa figura de la civilización occidental, tiene con la medicina.

Y ciertamente que aquellas relaciones son muchas, variadas e interesantes.

El estado de la medicina en los primeros cinco lustros del pasado siglo, y muy particularmente en Zaragoza, Madrid, Valencia, Sevilla, Roma, París y Burdeos, que son las poblaciones españolas, italianas y francesas donde pasó la mayor parte de su vida el Genio.

Las enfermedades de Goya, su sordera, y su psiquismo.

Los médicos de D. Francisco.

La muerte del Artista.

La influencia de todo ello en su arte soberano.

Como véis, el campo a parcelar es muy extenso, y como las únicas porciones o capítulos en que lo hemos dividido no tienen igual importancia, no extrañaréis, por consiguiente, que dentro de la obligada rapidez con que hemos de recorrerlos empleemos más tiempo en unos que en otros, no sólo por el distinto interés que nos inspiren, sino también por los diferentes medios de exploración con que para cada uno podemos contar.

I

La Medicina a principios del siglo pasado.

Nada puede añadirse, por lo que respecta a España, a lo que indicamos en nuestro trabajo acerca de "Los médicos en los Sitios de Zaragoza" (1808) y que a la letra dice así:

"Aislados, en cierto modo, unos de otros, los diferentes Estados europeos y aun las distintas regiones de una misma nación, por la carencia de medios para comunicarse rápida y expeditamente, las diferencias de cultura entre los pueblos del continente eran muy grandes hace un siglo, y así como en el de oro de nuestra Historia estábamos nosotros más adelantados que la mayoría de los demás, en el siglo XVIII quedamos rezagados de tal modo, por lo que a la medicina se refiere, que a no ser por los esfuerzos críticos, preñados de buen sentido de tres ilustres sacerdotes de la época, los PP. Rodríguez, Feijóo e Isla, y por los tesoros de observación conquistados por Solano de Luque, Martín Martínez, Gaspar Casal y Andrés Piquer, la ciencia médica española hubiera caído tan hondo, que, al advenimiento del siglo XIX, las calamidades de todo género que durante la primera década llovieron sobre la patria, no hubieran encontrado nada que arruinar en el campo científico, por percibirlo como la palma de la mano de liso y sin relieve.

Mas aquellos varones insignes, en unión de otros menos ilustres por sus talentos, pero de mayor influencia por su posición, tales como los médicos de cámara de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, consiguieron con su merítísima labor, en la segunda mitad del siglo, salvar del completo naufragio la medicina española, la cual, sin embargo, no quedó en el floreciente estado que hubiera sido de desear, según se desprende, entre otras cosas, del estudio detenido de los documentos que acerca de las enfermedades y fallecimientos de aquellos monarcas escribieron los doctores de la Real Facultad.

Pero esta mezquina cultura médica de fines del siglo XVIII, fué agostada bien pronto en la primera década del XIX siglo, el cual, trayendo a nuestra España, con las escisiones políticas del interior y la guerra por nuestra independencia con el exterior, la peste, el hambre y el empobrecimiento general, vació sobre aquella pequeña floración científica todo el aluvión de desdichas bastante a aniquilar una

civilización robusta y vigorosa; cuanto más aquella muestra débil y mezquina de nuestro progreso intelectual.

Disueltos la Junta general de la Facultad por Real decreto de 2 de agosto de 1801 y el Protomedicato por Real orden de 1804; deshecho el gabinete de Historia natural de Madrid por la incuria y el abandono oficiales; desiertos los Colegios médicos de provincias y todavía más faltos de ciencia que de alumnos, el yatroquimismo más escandaloso y mil veces más perjudicial que los sistemas de Brown, Boerbave, Hoffman, Kem, Santorio, Silvio, Vamheltmont y Paracelso, substituyó, en la teoría y en la práctica médicas, al arqueo y al espiritualismo, a los *fermentos volátiles* y a las *acrimonias*, al *húmedo radical* y a la *estática*, a los *flatos* y al *solidismo*, al *espasmo-atonía* y a la *estenia-astenia*, y de tal manera se apoderó aquel yatroquimismo del ambiente científico de la época, que llegaron a estudiarse enfermedades *calorinenses* y *oxigenenses*, *hidrogenenses* y *azotenses*, *fosforenses* y *letopsias*.

En medio de este aniquilamiento científico, dos hechos se destacan, como dignos de alabanza, y que fueron el exiguo rescoldo sobre el cual los vientos del progreso soplaron la llama de creciente brío y desarrollo que desde la mitad del siglo pasado ilumina nuestra cultura actual.

Estos dos hechos son, los concienzudos estudios que acerca de la fiebre amarilla se hicieron en toda la península, y la expedición que, para conducir la vacuna a nuestros vastísimos dominios de Ultramar, en Asia y América, salió del puerto de la Coruña, el 30 de noviembre de 1807. La vacunación o la no vacunación y el estudio de la fiebre amarilla eran los asuntos que en unión de la contagiosidad o no contagiosidad de la tisis preocupaban a la ciencia médica española y a sus miembros más ilustres. Lo mismo que en el resto de la península, en Zaragoza, los médicos formaban dos partidos para cada una de estas tres cuestiones.

Desgraciadamente, los que opinaban que la vacuna era más perjudicial que beneficiosa fueron en mayor número. Respecto a la fiebre amarilla, los más opinaban que la quinina era el remedio. Por lo que se refiere a la tisis, forzoso es confesar que la opinión era casi unánime en admitir como buenas las ideas del Dr. Jaime Bonells, médico del duque de Alba, del Dr. Jaime Iberti, médico y privado del privado D. Manuel Godoy, y del Dr. D. Santiago García, quienes pretendieron probar con *razones*, *autoridades* y *experiencias*, que la tisis no es enfermedad contagiosa.

Para acabar de formarse un juicio aproximado del estado científico de la medicina en la época de los Sitios de Zaragoza, bastará decir que nuestra Facultad no existía en 1808, pues suprimida por el plan de 1807, no volvió a formar parte de la Universidad hasta 1814.

En este año, como en el de 1807, la carrera se componía de un curso de Anatomía, otro de Botánica, otro de Fisiología e Higiene, otro de Patología y Terapéutica, otro de Materia médica y tres cursos de Afectos internos mixtos y externos con sus clínicas. Los libros de texto donde aquellas materias se estudiaban fueron para Anatomía el Heister, para Botánica Linneo, para Fisiología e Higiene Boerhave, para Afectos internos, mixtos y externos Boerhave, y para Materia médica, Hipócrates (1). Como puede verse, el nivel intelectual y científico de la medicina zaragozana en aquella época dejaba mucho que desear.

No todo, sin embargo, de lo que a la ciencia médica se refiere, estaba a igual enana altura, y consuela el ánimo leer en una obra francesa, publicada en París por aquella fecha, el párrafo siguiente: "Tenemos que envidiar a cierta nación vecina un ejemplo que nunca será bastante conocido. No lo presenta Inglaterra ni Alemania, sino España, en una de cuyas ciudades, Zaragoza, existe un asilo para enfermos y principalmente para locos de todos los países y de todos los gobiernos con la sencilla inscripción *Urbis et orbis*. Los celosos fundadores de este establecimiento se propusieron, no sólo plantear el trabajo mecánico, si que también hacerlo servir de contrapeso a los extravíos de la inteligencia, por la afición que inspira y el deleite que proporciona el cultivo de los campos, y por el natural instinto que conduce al hombre a labrar la tierra y satisfacer sus necesidades con el fruto de su industria.

Desde el amanecer, unos orates se ocupan de las tareas del servicio doméstico; otros pasan a sus respectivos talleres, y los más se dividen en pelotones que, bajo la dirección de vigilantes inteligentes e instruídos se esparcen por las fincas propiedad de la Beneficencia, donde se ejercitan con emulación benéfica en los trabajos agrícolas propios de la estación. El día se pasa en una actividad continua, solamente interrumpida por intervalos de descanso. El cansancio y la fatiga proporcionan por la noche un sueño reparador, demostrando la experiencia que es este procedimiento el medio más seguro y eficaz para recobrar el uso de la razón. Por consiguiente, deben esperarse curacio-

(1) Borao: *Historia de la Universidad de Zaragoza*.

nes operadas con esa vida activa, ya que las locuras de los bien acomodados, los cuales se niegan por sí o por los suyos a dedicarse a los trabajos corporales o manuales, resultan incurables casi siempre. Sin embargo, desde los tiempos más remotos, también los enfermos distinguidos salen diariamente a paseo por las afueras de la capital”.

“El hombre es consolado de este modo en la mayor y más horrible de sus desgracias. Su dignidad ha salido victoriosa. Inglaterra y Francia se llevan la palma de este triunfo, qué de justicia pertenece a España por el Hospital Manicomio de Zaragoza” (1).

Sin embargo, de la obra de Goya no se desprende aquella visión halagadora del gran mentalista cuyo centenario, en unión del de Vulpian, acaba de celebrarse en París. Sus cuadros y dibujos sobre temas de locos y locuras, tomados en el célebre manicomio producen en el ánimo del que los contempla, como seguramente ocurrirá en vosotros cuando los apreciéis en el momento oportuno de esta conferencia, tal impresión de dolor y desconsuelo que entenebrece el ánimo, considerar cómo serían los manicomios del resto de Europa, si el estimado como modelo es tal como Goya lo pintó.

Desde el punto de vista clínico, los médicos que tuvieron que ver con la salud, las enfermedades y la muerte de Goya, estaban influídos, como todos los de aquella época, lo mismo en España que en Francia y en Italia por las doctrinas del genial y elocuentísimo Broussais y los evacuantes y las sangrías hicieron lo suyo en el tratamiento de las afecciones del gran pintor.

II

Historia clínica de Goya, sus enfermedades, su sordera, su oftalmia, su psiquismo.

Al comenzar este capítulo llega a mis manos un periódico americano escrito en inglés y con el retrato de una dama que ejerce actualmente en la Universidad de Salamanca el cargo de “*doctora en guitarra*” con la obligación de acompañar a las estudiantinas que todas las noches rondan las calles de la ciudad.

(1) Pinel: *Traite Médico-Philosophique sur l'alienation mentale*. París, 1808.

Así tratan todavía, la mayor parte de los extranjeros, las *cosas de España*, a pesar del turismo, de los Congresos de prensa, de los intercambios, de los cursos para extranjeros y de las múltiples atenciones que se les guardan.

Después de este insigne oprobio en pleno año de 1927, ¿quién toma en serio lo que franceses, ingleses y alemanes han dicho de nosotros y de nuestros hombres en el pasado siglo?

Por eso declaro que, a excepción del libro de Mayer, nos atengamos a la bibliografía de Beruete, Conde de la Viñaza, Zapater y Calleja, sin tomar para nada en consideración las falsedades y tonterías de Matheron, Iriarte y otros todavía más indocumentados y ligeros que aquellos dos.

Francisco de Goya y Lucientes nació en Fuendetodos el día 30 de marzo de 1746, en la casa núm. 15 de la calle de la Alfóndiga, en el barrio bajo. Se bautizó en aquella iglesia parroquial al día siguiente. Sus padres eran labradores y a su lado y en el pueblo vivió hasta 1760. En esta época, o sea a los catorce años de edad, marchó a Zaragoza, donde estuvo perfeccionando su arte nativo, al lado de José Luzán y Juan Ramírez, unos doce años, saliendo para Madrid hacia 1772, en cuya villa y corte casó cuatro años después, hacia 1776, con Josefa Bayeu, hermana del pintor del mismo apellido. En enero de 1777 tuvo su primer hijo y tres años después, en 1780, regresó a Zaragoza para pintar los frescos de la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, permaneciendo hasta junio del siguiente año de 1781 en que volvió a Madrid, donde fué nombrado pintor del Rey, en 1786, en cuyo cargo le confirmó Carlos IV, quien diez años más tarde le nombró primer pintor de cámara, en 1799. Durante este tiempo, Goya estuvo en Roma y Valencia (1788), donde dejó muestras de su arte peregrino, pasando los primeros años del siglo entre la corte y los Sitios Reales de Aranjuez, San Ildefonso y El Escorial.

En 1808 estuvo otra vez en Zaragoza después de los famosos sitios en la guerra de la Independencia. En 1817 fué a Sevilla para pintar el cuadro de las patronas de la ciudad, las loceras de Triana Justa y Rufina. En 1824 fué a Francia para hacer en Plombières una cura de aguas, que el año 1825 repitió en Bagnères, visitando entonces París y Burdeos, donde permaneció hasta el año siguiente en que regresó a Madrid en mayo de 1826, volviendo al poco tiempo para no salir ya sino cadáver, en 1899, después de haber fallecido en 1828, el 16 de abril.

¿Cuál fué el comadrón, tocólogo, diríamos ahora, que asistió a

doña Gracia Lucientes en su dichoso parto? ¿Qué enfermedades tuvo y quién y cómo se las curó en los primeros catorce años de su vida? Y en los doce años que estuvo en Zaragoza, hasta los 26 de su existencia ¿gozó de buena salud?

Hasta que casó con Josefa Bayeu ¿cómo le fué por Madrid a su organismo?

Y después de casado, hasta su muerte, ¿qué enfermedades padeció y qué médicos las trataron en la villa y corte, en Zaragoza, en Roma, en Sevilla, en Valencia, en Aranjuez, en París y en Burdeos?

Por el estudio hecho del libro de bautizados en la iglesia de Fuentodos se desprende que la *comadre* que asistió el parto en que vino al mundo D. Francisco de Goya y Lucientes fué Josefa Gimeno, ignorándose si prestaría también su auxilio el *maestro cirujano* don Juan Diego, quien ejercía de tal en la citada villa, según datos que nos han sido suministrados por el actual cura párroco D. Juan Martín.

El considerable volumen de la cabeza de Goya, muy parecida a la de Beethoven, su contemporáneo y compañero en arte y en sordera, hacen presumir que sería un parto de alguna dificultad, de los que requieren el empleo de forceps y que por consiguiente, sería probable que en el trance apurado la comadre llamase al comadrón.

Al decir de Mayer, en 1759, en Fuentodos tuvo una enfermedad que le debilitó el oído, cuya hipoacusia se acentuó en la enfermedad de 1777 y se convirtió en sordera completa en 1792.

Ni en las Cartas de Zapater (Zaragoza 1868), ni en la extensa monografía de Lafort (París, 1877), ni en los apuntes biográficos de Madrazo (Madrid del año 1880 a 1884), Mérida (Madrid, 1863) y Ossorio y Servand (Madrid, 1870), ni en el admirable libro del Conde de la Viñaza (Madrid, 1887), ni en el interesante del editor Calleja (Madrid, 1924), se achaca a fecha tan precoz como lo hace el eminente catedrático de München, la sordera del insigne artista, por lo cual nos permitimos dudar de la autenticidad del hecho que, por lo demás, no tendría nada de raro como consecuencia de una otitis sufrida durante el sarampión, enfermedad frecuentísima, más entonces que ahora y complicación más probable, que ahora, entonces.

Durante su primera y más prolongada estancia en Zaragoza, desde el año 1760 hasta 1767 o fines de 1766, nada se sabe de la salud de Goya y todo hace suponer que fué espléndida, si consideramos las andanzas que se le atribuyen y que, según algún autor, determinaron su marcha a la Corte.

La misma falta de datos lamentamos durante sus primeros años en Madrid y al siguiente, del 71 al 72, en Zaragoza.

Tampoco hemos conseguido saber nada a este respecto durante la época de su estancia en Roma (de 1772 a 1774). Las búsquedas de mi hijo Ricardo en la capital de Italia en el año 1924 y las gestiones, posteriores, de D. Hermenegildo Esteban, el insigne artista subdirector de la Academia Española en la ciudad de los Papas, han sido infructuosas.

De regreso de Roma y no se sabe si con alguna escapada a su tierra del Ebro, Goya estuvo en Madrid desde 1775 hasta 1778 y fué en esta época cuando casó con doña Josefa Bayeu el 31 de octubre de 1776. Tuvo su primer hijo el 22 de enero de 1777 y en este mismo año sufrió una grave enfermedad de la que curaba en el mes de abril.

¿Qué enfermedad fué aquélla? ¿Quién le asistió? ¿Cómo quedó su salud después de la intensa crisis?

La primera enfermedad que sufrió Goya en Madrid fué en febrero o marzo de 1777, después de casado y padre de familia, según se desprende de una carta a su amigo Zapater, escrita en Madrid, de aquel año, en la que le dice: "Pues amigo, ya estoy bueno; gracias a Dios que me he escapado de buena...".

El eminente doctor Mariscal, académico eruditísimo y gran conocedor de aquella época supone se trataría de algo semejante a lo que padeció años más tarde, a principios del siglo XIX, y que él mismo califica entonces de *tabardillo*, nombre genérico de toda enfermedad aguda y de fiebre alta.

Es posible que en Zaragoza padeciese algún ataque de reumatismo durante su estancia del 1778 al comienzo del 1781, según se desprende de su carta a Zapater que más atrás transcribo. Si fué así, el médico que le asistió debió ser *Ortiz*, que era el de su familia, pues en carta del 13 de noviembre, hablando de la gravedad de su padre, dice lo siguiente:

"También estoy aguardando la funesta noticia de que mi padre fallezca el mejor día, pues me escriben dándome muy pocas esperanzas y el médico (que es Ortiz) también me lo ha escrito".

En agosto de 1781 escribe al mismo amigo entre otras cosas, quejándose de una exacerbación en los dolores que padecía y cuya exacerbación la atribuye a los disgustos que le dieron en Zaragoza aquel año y el anterior con motivo de los bocetos para la Basílica del Pilar, y añade:

"He estado muy apretado; Dios ha querido aliviarme".

En esta misma época de su residencia en Madrid padeció la cojera de que habla en 7 de julio de 1785, fecha de una carta en la que dice lo siguiente:

“+ Querido Martín: Como iba diciendo en mis anteriores, voy a ver si me dejan satisfacer mi gusto en escribirte largo, ya que estoy cojo de una caída que tuvimos con el birlocho que ya estaba medio ajustado en 90 doblones que es cierto que es alhaja (no hay sino tres en Madrid como él) es a la inglesa y hecho allá, tan ligero y no se encontrará más que él con un herraje excelente dorado y acharolado, vaya; aun aquí se para la gente a mirarlo. Salimos a probarlo con un caballo que también compraba, muy bueno, ya de diez años, pero con todas las circunstancias de bueno para el fin, íbamos su dueño y yo tan grandemente, bellissimo movimiento y en nada parece que cabría mejora. Fuera ya de Madrid empezamos a correr grandemente. Llevaba yo los cordones y me dijo ¿Quiere V. que le haga yo revolver a lo napolitano? (que él lo era). Le di los cordones deseoso de ver alguna cosa nueva y aprenderla, y corriendo a galope como iba, en lo ancho del camino, que aunque era ancho no era para imaginar lo que él ejecutó. Conque la vuelta fué que fuimos a parar, birlocho, caballo y nosotros, dando volteretas. Y muchas gracias a Dios de lo poco que fué, que el peor librado fuí yo. Y no es más que estar desde el día de Santiago que sucedió, hasta hoy que espero a mi cirujano de cámara a ver si me da licencia de andar algo, que por el tubillo la pierna derecha es la ofendida pero no hay rotura ni dislocación”.

Al año siguiente, en 1787, se repitió el percance, según se desprende de la siguiente carta de 7 de abril:

“Ya no quiero birlocho de dos ruedas, el otro día bolqué y cuasi maté a un hombre que andaba por la calle y yo no me hice mucho probecho, me sangré...”.

En 28 de noviembre de este mismo año 87 decía a su amigo:

“Me he vuelto viejo con muchas arrugas que no me conocerías sino por lo romo y por los ojos hundidos... lo que es cierto que ya voy notando los 41 y tal vez tu te conservarás como en la escuela del P. Joaquín”.

En 4 de enero de 1794 escribe desde Madrid a D. Bernardo de Iriarte una carta que comienza así:

“Para ocupar la imaginación mortificada en la consideración de mis males y para resarcir en parte los grandes dispendios que me han ocasionado...”.

Ello quiere decir que los achaques que ya comenzó a lamentar a los

41 años fuéronse acentuando al llegar a los 48 y se agravan al pasar de la cincuentena, según se desprende del escrito presentando la dimisión de su cargo de Director de Pintura en Madrid de 1797, donde dice hablando en tercera persona, pero refiriéndose a la suya:

“...Pero ve en el día que en vez de haber cedido sus males se han exacerbado más...”.

“Amadó Martín—le dice a Zapater, en carta escrita en los primeros años del siglo en que murió—: he estado a la muerte de resulta de los calores de Aranjuez con un tabardillo a la cabeza...”.

En aquellos tiempos se llamaba *tabardillo* a toda fiebre alta y aun hoy se conserva el nombre de tabardillo pintado al tífus.

Tratárase del tífus exantemático, de la fiebre tifoidea, de alguna fiebre paratífica o grippe de forma cefálica o nerviosa, lo cierto es que a fines de 1819, según consta en documentos que posee doña Beatriz Quintano, bisnieta del padre del Dr. Arrieta, que fué quien le asistió, padecía la tal enfermedad, la cual, como el mismo paciente declara, se presentó con manifestaciones a la cabeza, que serían o fuertes dolores o intensos delirios o ambas cosas, lo cual es muy frecuente en los procesos infecciosos que entonces se englobaban en el nombre o apelativo de tabardillo.

Seguramente, el afamado doctor haría uso, en beneficio del enfermo, según la moda terapéutica de entonces, de abundantes sangrías que no le vendrían mal, dada su constitución apoplética.

Lo cierto es que Goya curó y curó tan perfectamente como lo revela su carta a Zapater y su agradecimiento al Dr. Arrieta de que es prueba bien patente el magnífico cuadro en que aparece el citado médico dando un brebaje al pintor, y de cuyo lienzo nos ocuparemos luego.

El mismo Dr. Arrieta debió aconsejarle para sus achaques las aguas de Plombieres y de Bagneres de Bigorre que fué a tomar el pintor en 1824.

Digo esto porque habiendo sobrevivido el médico a su cliente, ya que Arrieta hizo su último testamento el 9 de marzo de 1829, es lógico pensar que no cambiaría de doctor, habiendo quedado tan satisfecho de su asistencia en la enfermedad que padeció diez años antes, y no disminuído, sino por el contrario, acrecentado la fama del galeno durante aquellos años, según veremos más adelante.

Ahora bien; lo mismo Plombieres, aguas calientes arsenicales débilmente mineralizadas, que Bagneres de Bigorre, también calientes y sulfatadas cálcicas de altura moderada semejante, que apenas pasa

de 500 metros sobre el nivel del mar, estaban entonces, como lo están ahora, indicadas para reumáticos nerviosos y paralíticos, lo cual hace suponer que, por aquellos años del 22 al 23, Goya tuvo algún ictus apoplético que le dejó más o menos claudicante en sus funciones nerviosas, sobre todo motrices, contra cuyas secuelas, preludios a la vez de la enfermedad que le ocasionó la muerte tres años después, le prescribió el médico, aparte de otros remedios, las aguas indicadas.

Su carta dirigida a D. Joaquín Ferrer, en París, y fechada en Burdeos en diciembre de 1825, dice al terminar:

“Agradézcame mucho estas malas letras porque ni vista, ni pulso, ni pluma, ni tintero todo me falta, y sólo la voluntad me sobra...”.

En 7 de mayo de 1826 escribe Moratín a Melon diciéndole que Goya regresa a Madrid, enfermo, y añade:

“Si tiene la suerte de hacer el viaje y llegar con vida a Madrid, ya puedes darle la enhorabuena a su llegada. Y si no llega, no me extrañará nada, pues el más ligero trastorno puede acabar con él en un rincón de cualquier posada...”.

La carta dirigida a su hijo Javier, a la calle de Valverde, núm. 15, en Madrid, y fechada en Bordeaux el 26 de marzo de 1828, es decir, veinte días antes de morir, le dice:

“Yo me hallo mucho mejor y tengo esperanzas de quedar como estaba antes del *insulto*; y la mejoría se la debo a Molina, que me ha estado diciendo que tomase la valeriana, yerba hecha polvos, y estoy muy contento con mi mejora para recibir mis amados viajeros”.

Obsérvese que de la misma manera que habla de *tabardillo* escribiendo a Zapater después de su enfermedad de los años 1818 a 1819 en Madrid, diagnostica aquí de *insulto* lo que sufrió en Bordeaux diez años después.

Ahora bien; en aquella época, *insulto*, en el lenguaje médico-vulgar, era sinónimo de *ataque* y muy especialmente de *ataque apoplético* o *hemorragia cerebral*, mejor que embolia, epilepsia, pitiatismo cosas todas ellas que pueden presentarse con la brusquedad requerida para que el proceso se llame tal *ataque* o *insulto*.

Hasta aquí la historia clínica de Goya y Lucientes, de la que se desprenden los siguientes hechos, muy interesantes:

1.º Fué hijo de una familia numerosa que contó hasta veinte hijos. Es decir, que nuestro artista tuvo 19 hermanos.

2.º El considerable desarrollo de su cráneo hace suponer que vino al mundo con dificultad, quién sabe si con ayuda del forceps, instru-

mento inventado precisamente cien años antes, el 1600, por Peter Chamberlen.

3.º La miopía bien notada en sus autorretratos.

4.º Es probable que un sarampión que pudo padecer en Fuentetodos, a los once años, le determinase alguna otitis, causa de la iniciación de la sordera, intensificada en 1777 a consecuencia de la enfermedad aguda que padeció en Madrid y que se hizo definitiva en 1792, es decir, a los 46 años después de las dolencias y traumatismos citados que, juntamente con él proceso vascular cerebral que se fué manifestando después, le hizo agrio de carácter y quisquilloso en extremo.

5.º Los dolores reumáticos de que se queja por los años 780 y 81 en Zaragoza y Madrid.

6.º Las caídas en Madrid en los años de 786 y 787.

7.º La iniciación de la arterio-esclerosis en 1787.

8.º La acentuación de sus achaques en 1794 y en 1797.

9.º El tabardillo de 1819.

10.º Sus curas de aguas francesas en 1824.

11.º Su confesada y lamentable decrepitud en 1825.

12.º Los fundados y tristes augurios de Moratín en 1826.

13.º El resplandor instantáneo de la llama mortecina próxima a extinguirse, bien acusado en la carta a su hijo en 1828.

Todo ello influyó en el psiquismo del artista sin par de aquella época, en la cual todos los grandes pintores que florecieron en el mundo, Mengs, Hogarth, Watteau, Overbeck, Constable, Turner y David, son planetas de segunda magnitud girando en el cielo de la pintura alrededor del genio de Goya, cuya influencia en el arte y en la civilización occidental sólo puede compararse con la de Murillo, Velázquez, Van Dyck, Rembrandt, Rafael, Rubens, Ticiano, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Tintoretto, Alberto Durazo, Massaccio y Giotto desde el siglo anterior a Goya hasta el medioevo.

El psiquismo de Goya, según veremos más adelante, fué el de todos los sordos que, puestos en el balancín de aquella época oscilante entre la fe religiosa y el enciclopedismo, se inclinaban hacia el último demostrando su rebeldía, su tristeza, su ideario reivindicatorio y sus testarudeces de persecución, bien patentes, sobre todo estas últimas, en las cartas en que se queja de envidias, injusticias y malas voluntades, lo mismo al hablar de sus trabajos en la corte que en los de las cúpulas del Pilar.

III

Los médicos de Goya

No tenemos noticia más que de seis, porque otros dos de quienes también hablaremos, uno no sabemos si fué médico de Goya, y otro, aunque lo fué de Goya, no sabemos si fué médico.

D. Juan Diego, maestro cirujano que ejercía en Fuendetodos cuando nació Goya y algunos años después.

El licenciado Ortiz, que profesaba la Medicina en Zaragoza al final del siglo XVIII.

El cirujano de cámara de Carlos IV, por los años de 1780 a 1790.

El Dr. D. Eugenio García Arrieta.

El Dr. Peral.

El Dr. que firmase su papeleta de defunción en 1828.

De ellos conocemos el nombre de cuatro; algo más que el nombre de dos; y nada absolutamente de otros dos: el cirujano del Rey y el que asistió a D. Francisco en los últimos momentos.

De aquellos cuatro médicos de quienes conocemos algo más que el nombre y que fueron dos, el Dr. Peral y el Dr. Arrieta, pocas noticias podemos dar.

El Dr. Peral o Peyral, según otros, está representado de cuerpo entero en un lienzo de 0'92 de alto por 0'62 de ancho. Fué pintado en 1797 y adquirido por el marqués de la Vega Inclán para la National Gallery de Londres, donde figura con el núm. 1951.

Otra reproducción de este personaje, pintada hacia 1790, lo representa de medio cuerpo en un lienzo de 0'92 de alto por 0'65 de ancho y figura en las Galleris Bechistir de La Haya.

El ilustre comisario de Turismo marqués de la Vega Inclán, ha tenido la bondad de proporcionarnos una fotografía del cuadro de Londres que no está reproducida en las magníficas colecciones de Beruete, Mayer ni Calleja.

El Dr. D. Engenio García Arrieta era natural de la villa de Cuéllar en la provincia de Segovia y gozó de gran predicamento en aquella época, pues contaba entre sus clientes a las familias del conde de Noblejas, mariscal de Castilla, de los de Montijo y de Baños y de los duques de Montellano y del Arco y precisamente al año siguiente de

curar a Goya fué nombrado por R. D. del 14 de junio de 1820, miembro de una comisión encargada de estudiar el estado en que se encontraban las costas vecinas del Africa, desoladas por el cruel azote de la peste de Levante.

Seguramente el afamado doctor haría uso de las sangrías abundantes, según la terapéutica de entonces.

El retrato de Arrieta pintado por Goya en 1827 y con el cual quiso pagar a su amigo y doctor la cariñosa asistencia en la grave enfermedad de 1818 a 1819 que puso en peligro su vida, es un cuadro de medias figuras de tamaño natural en el que se representa al pintor incorporado en el lecho en actitud de tomar una medicina que le da Arrieta, y del cual dice el notable crítico de arte Dr. Valentín Cardenera, que llama la atención por la semejanza y expresión de ambos personajes, por la espontaneidad del pincel y por el efecto vaporoso de la escena, sin grandes alardes de claro-oscuro.

Por lo demás, de la consideración que nuestro ejercicio profesional merecía al artista, son prueba, de una parte el lienzo pintado en 1779 para la serie de tapices con el título *El médico*, de 0'96 de alto por 1'20 de ancho y que figura en el Museo Nacional de Scocié, en Edimburgo, y el boceto para el capricho núm. 40, en el que figura un asno oficiando de médico a la cabecera de un enfermo.

¿Intervendría también en alguna de las enfermedades de Goya el médico a quien representa en el *Retrato de un médico*, que figura con el núm. 182 de la Colección editada por Calleja? En él aparece un galeno de frente despejada, blancas melenas, rasurado semblante, cejas pobladas, nariz aventajada, boca fruncida y mirada inteligente y bondadosa, cuyo rostro pleno de espíritu y de luz destaca sobre el fondo obscuro del lienzo y aun sobre el blanco nítido de la gran corbata y de la chupa solemne de raso prócer. ¿Será este retrato el del médico Ortiz, de Zaragoza? ¿Será el de aquel médico, que no sabemos si fué médico y que en Burdeos le recomendó el polvo de valeriana?

Por último, ¿pensaría en alguno de los médicos que le asistieron al trazar su maravilloso y epigramático dibujo en que aparece a la cabecera del enfermo y mirando de reojo el reloj de pulsera que no había de descubrirse hasta un siglo después, el espléndido asno que toma el pulso con seriedad y empaque doctoral?

IV

Ultima enfermedad y muerte de Goya

No hemos podido adquirir el certificado médico donde se acredite la fecha de su fallecimiento y la enfermedad a que sucumbió, pero ya dicen lo bastante los siguientes documentos del duque de Híjar y del adjunto Coursson:

“Real Sumillaria de Corps.—A las dos de la mañana del día 16 de abril próximo pasado falleció en la ciudad de Burdeos, Reyno de Francia, D. Francisco de Goya y Lucientes, primer pintor de Cámara de S. M., jubilado, a los 16 días de una parálisis en el lado derecho, que terminó en un accidente apoplético. Lo que aviso a V. S. para la superior noticia del Rey N. S.—Dios guarde a V. S. muchos años. Palacio 8 de Mayo de 1828.—J. El Duque de Híjar, Marqués de Orani. Sr. D. Francisco Blasco.

Al margen, en lo alto, en dirección ordinaria, dice:

“Primera Sección número quinientos siete

Y más abajo, también al margen, en la propia dirección: Francisco de Goya y Lucientes

Y dentro: Estado civil

Fallecimientos

Corregimiento de la Ciudad de Burdeos, Departamento del Gironda. De los libros del Registro de las Actas o Partidas de fallecimientos del presente año ha sido copiado lo que sigue:

El día diez y seis de Abril de mil ochocientos veinte y ocho fué depositado en la Oficina del Estado Civil un proceso verbal, hecho por el Comisario de fallecimientos, del cual resulta que el Señor Francisco de Goya y Lucientes, de edad de ochenta y cinco años, natural de Fuentetodos (España), viudo de la Señora Josefa Bayeu, hijo de los ya difuntos....., ha fallecido en el día de hoy a las dos de la mañana, Fosos de la Intendencia, número treinta y nueve, según declaración de los señores José Pío de Molina, hacendado, residente en la misma, y Romualdo Comerciante, residente en la calle de Tourny, número treinta y seis, testigos mayores de edad que han firmado el sobredicho pro-

ceso verbal. El adjunto al Corregimiento, firmado en el Libro de Registro, de Coursson.

El Corregidor de la Ciudad de Burdeos, Oficial de la Real orden de la Legión de honor, Certifica la presente copia conforme a los Libros del Registro.

Hecha y dada en la Casa de la Ciudad, el día veinte y uno de abril de mil ochocientos veinte y ocho

El Adjunto al Corregidor

De Coursson=con rúbrica

Lugar del Sello de oficio del Corregimiento de Burdeos, impreso con humo

Nos Pedro María Emerigon, oficial de la Real Orden de la Legión de honor, Presidente del Tribunal Civil de Burdeos, Certificamos que la antecedente firma es la del Sr. Coursson, uno de los adjuntos al Señor Corregidor de esta Ciudad y que se la debe dar fe

Burdeos el día veinte y tres de Abril de mil ochocientos veinte y ocho

P. Emerigon=con rúbrica

Lugar del Real Sello de Oficio del Tribunal Civil de Burdeos, impreso con tinta

Copia del Castellano.—D. Francisco de Ferrari y Santa Cruz, Caballero del Escudo de la Fidelidad, Condecorado con el Lis de Francia, Cónsul de S. M. C. en el Departamento de la Gironda y sus dependencias, etc.....

Certifico que el Sr. Emerigon, que ha firmado la fe de muerte que antecede, es como se califica Presidente de este Tribunal Civil, y como tal a sus escritos se da entera fe y crédito en ambos juicios; y para que conste donde convenga, firmo el presente refrendado con el Real Sello de este Consulado. Burdeos 23 de Abril de 1828.

Registro núm. 44

Francisco de Ferrari y Santa Cruz con rúbrica.....

Lugar del Real Sello de Oficio del Consulado de España en Burdeos; impreso con tinta.....

Está escrito el original en papel sellado con los dos reales sellos usados actualmente en Francia; que son el uno ordinario del papel impreso al margen con tinta, y el otro el llamado Timbre Real estampado también al margen en seco.....

Certifico yo D. José Sabau y Blanco, del Consejo de S. M., su Secretario y de la Interpretación de Lenguas, Arcediano de Aliaga, Dignidad de la Santa Iglesia metropolitana de Zaragoza, Bibliotecario de

la Real Academia de la Historia y Académico de número de la misma: Que la antecedente traducción está bien y fielmente hecha en castellano del ejemplar francés y legalización en castellano, que me fué exhibido para este efecto. Madrid seis de Mayo de mil ochocientos veinte y ocho. Entre renglones en la misma y Romualdo, Comerciante residente.—Vale.—José Sabau y Blanco”.

Según se desprende de los datos y documentos transcritos, D. Francisco padecía una afección nerviosa de origen vascular que hoy llamaríamos arterio-esclerosis, la cual, determinando por ictus apopléticos de hemorragias discretas, un estado de reblandecimiento cerebral progresivo, ocasionó un ataque mayor de hemorragia por rotura de aneurisma miliar de la arteria lenticulo estriada de la cápsula interna del hemiencéfalo izquierdo, cuyo ataque dió al traste con la gloriosa vida a las dos de la madrugada limitáneo del 16 al 17 de abril de 1828, después de unas horas de sopor y de coma, rodeado de su familia y amigos quienes se dieron cuenta de la pérdida de su conocimiento antes que de la de su existencia.

V

¿Cómo influyeron en la obra de Goya su temperamento, su psiquismo y sus enfermedades?

Si nosotros creyéramos en la ciencia de penúltima moda de Pfister y en las anticuadas del psicoanálisis de Freud, nos aventuraríamos en consideraciones de un arte decadente y de una ciencia *rupestrial* a propósito de la inspiración, de la subconsciencia y de los complejos de Edipo que, todavía hoy, hacen las delicias de un grupo de ultraselectos, médicos, artistas y filósofos, todo en una pieza, que es siempre el falo simbólico de sus preocupaciones.

Si, como algunos de nuestros críticos de arte, opinásemos que hay que considerar a Goya como el precursor del expresionismo como cumbre del arte subjetivo e individualista, meteríamos la tijera en las extrañas páginas de Kandinsky y procuraríamos buscar en los resplandores goyescos, las *lucres impares* de que nos habla Apollinaire.

Si no conociésemos Fuendetodos palmo a palmo y no hubiésemos estrechado la mano de los vecinos y descendientes del genio, indagaríamos en el fárrago de los caprichos y en el bosquejo de las aguas-

La pilosidad es de un vello blando, laso, suavemente ondulado en ocasiones; su calva es extensa y como pulimentada; las cejas son intensas; la barba, extensa, igual de límites que sobrepasan la cara y el cuello; es de pelo blando y ondulado. El vello axilar y genital es igualmente característico: abundante, extenso, grueso, largo. El color de la piel es rojizo más que pálido.

Las enfermedades a las que el pícnico está predispuesto son la obesidad, la diabetes, las litiasis, el reumatismo y la arterio-esclerosis.

La vida sexual en estos tipos suele transcurrir llana, fácil, sin complicaciones de aquellas que sobrevienen del divorcio entre el amor psíquico y la apetencia sexual somática.

Por lo que se refiere a lo psíquico, los rasgos fundamentales, tales como los señala Kestchmer, son: sociabilidad, bondad de corazón, afabilidad, alegría, humor, viveza, vehemencia, tranquilidad, melancolía, blandura; es decir, gente de buen humor, que toma la vida tal cual es, abiertos de genio, espontáneos, de amistades fáciles y rápidas, son tiernos y fervorosos. Como necesita de sus semejantes, no gusta de la soledad, llora con el triste y ríe con el alegre; vive en las cosas, se funde con ellas. Su pretendido egoísmo es algo infantil; son trabajadores y prácticos, ahorrativos, aplicados, de gran capacidad para el trabajo. Dentro de este fondo común hay unos, los hipomaniacos, que tienden a la expansión y en ellos es asombroso la rapidez con que aprovechan la coyuntura; su ritmo es acelerado, de rápida comprensión; reaccionan fácilmente a los estímulos; su mímica y movimientos son fluidos y naturales, vivaces, en fin; los otros, los tristes, son enérgicos, con frecuencia religiosos, pero sin beatería, fariseísmo ni proselitismo; el ritmo de su mentalidad es pausado y parsimonioso.

Según el autor citado, los tipos cicloides, si son investigadores, entran de lleno en el concepto de los intuitivos, empíricos y descriptivos; si son caudillos, descuellan por la condición de organizadores y mediadores sensatos que van derechos a su fin; si son poetas, realistas o humoristas.

Kretsmmer no se ha ocupado para nada de los pintores, pero no hay duda alguna de que si nuestro Goya hubiera sido general, no se habría mostrado idealista puro, ni fanático, ni frío calculador; si su numen le hubiera llevado a la investigación científica no le hubiera orientado hacia la metafísica o la sistematización; como artista de la luz y del color desarrolló su arte en el humorismo y en el realismo de la

fuertes reminiscencias de los delirios y de las ideas esquinofrénicas, como si Dios no lo remedia, ha de hacerlo algún doctor de *cuyo nombre no quiero acordarme*. Pero Goya pudo ser *precoz* en todo menos en la *demencia*, ya que cuando murió de viejo en aquellas edades en las que hasta los cerebros más robustos se dementizan, dió tales pruebas de cordura como lo prueban sus últimos cuadros y sus cartas últimas, sobre todo la dirigida a su hijo veinte días antes de morir.

Humorismo, ironía, ingenio, gracia, en fin, como la de Marcial, como la de Gracián, sus dos paisanos, sus dos vecinos, ya que sus cunas se mecieron casi juntas en las riberas del Jalón y del Huerva; en Calatayud el poeta; en Belmonte el filósofo y singular prosista; en Fuendetodos, el pintor.

Si al igual de lo hecho por el ilustre psiquiatra, Profesor Kretschmer, con Lutero y Goethe, Humboldt y Mirabeau, Muller y Tasso, Robespierre y Federico el Grande, intentáramos hacer un estudio del temperamento psicológico de Goya y de su característica mental al relacionar su *soma* con su *psique*, según la expresión del maestro de Marburgo, trasunto fiel en su ideario de aquel manido refrán castellano que reza: "Genio y figura...", diríamos que el gran pintor aragonés y español por antonomasia era un temperamento *cicloide*.

En efecto: el hábito constitucional de Don Francisco de Goya y Lucientes es francamente *picnico* según la acepción consignada por Kretschmer y los caracteres atribuidos a este tipo morfológico peculiarizado por un intenso desarrollo en el sentido de la latitud de la cabeza, pecho y vientre, tendencia a la acumulación de grasa y estructura grácil del aparato locomotor (cintura escapular y extremidades); la cara ancha, medio hundida entre los hombros sobre un cuello macizo; el vientre, adiposo, de Goya, sobresale del tórax abombado y hundido, y presenta como característica la relación proporcional entre el cuello, los hombros y el pecho por lo que se refiere a los tejidos blandos y entre la mano y la cara en cuanto atañe al esqueleto.

La cara *picnica* es el trasunto de la estructura somática: amplitud, blandura, redondez. El cráneo es grande, redondo, ancho, pero no muy alto. La grasa se concentra, sobre todo en los sujetos de edad avanzada, en las partes laterales inferiores de las mejillas y bajo la barba (papada), la frente, nariz, pómulos, mentón, dibújense con nitidez. La forma de la nariz es de tamaño mediano, a veces rojiza y afectada de acné rosáceo. Los ojos, pequeños y profundos. La frente, bellamente desarrollada, amplia, abombada, y el contorno frontal de las facies varía en torno de la forma llamada *pentagonal*.

La pilosidad es de un vello blando, laso, suavemente ondulado en ocasiones; su calva es extensa y como pulimentada; las cejas son intensas; la barba, extensa, igual de límites que sobrepasan la cara y el cuello; es de pelo blando y ondulado. El vello axilar y genital es igualmente característico: abundante, extenso, grueso, largo. El color de la piel es rojizo más que pálido.

Las enfermedades a las que el pícnico está predispuesto son la obesidad, la diabetes, las litiasis, el reumatismo y la arterio-esclerosis.

La vida sexual en estos tipos suele transcurrir llana, fácil, sin complicaciones de aquellas que sobrevienen del divorcio entre el amor psíquico y la apetencia sexual somática.

Por lo que se refiere a lo psíquico, los rasgos fundamentales, tales como los señala Kestchmer, son: sociabilidad, bondad de corazón, afabilidad, alegría, humor, viveza, vehemencia, tranquilidad, melancolía, blandura; es decir, gente de buen humor, que toma la vida tal cual es, abiertos de genio, espontáneos, de amistades fáciles y rápidas, son tiernos y fervorosos. Como necesita de sus semejantes, no gusta de la soledad, llora con el triste y ríe con el alegre; vive en las cosas, se funde con ellas. Su pretendido egoísmo es algo infantil; son trabajadores y prácticos, ahorrativos, aplicados, de gran capacidad para el trabajo. Dentro de este fondo común hay unos, los hipomaniacos, que tienden a la expansión y en ellos es asombroso la rapidez con que aprovechan la coyuntura; su ritmo es acelerado, de rápida comprensión; reaccionan fácilmente a los estímulos; su mímica y movimientos son fluidos y naturales, vivaces, en fin; los otros, los tristes, son enérgicos, con frecuencia religiosos, pero sin beatería, fariseísmo ni proselitismo; el ritmo de su mentalidad es pausado y parsimonioso.

Según el autor citado, los tipos cicloides, si son investigadores, entran de lleno en el concepto de los intuitivos, empíricos y descriptivos; si son caudillos, descuellan por la condición de organizadores y mediadores sensatos que van derechos a su fin; si son poetas, realistas o humoristas.

Kretzmer no se ha ocupado para nada de los pintores, pero no hay duda alguna de que si nuestro Goya hubiera sido general, no se habría mostrado idealista puro, ni fanático, ni frío calculador; si su nombre le hubiera llevado a la investigación científica no le hubiera orientado hacia la metafísica o la sistematización; como artista de la luz y del color desarrolló su arte en el humorismo y en el realismo de la

clásica pintura española que es la propia de aquellos artistas del ritmo que se llaman poetas o músicos.

Nada, por consiguiente de *esquizoidismo*, nada de demencia precoz, pues según hemos dicho al principio de estas consideraciones, en todo pudo ser Goya precoz menos en la demencia, ya que ni en la senectud, cuando muchos lo son, él lo fué; Goya era un cicloide, vivió en el ambiente, con el ambiente y por el ambiente; tuvo el ritmo apresurado y cambiante de su época; realista y humorista, supo encontrar un matiz de bullanga en el *tempo* pausado de toda tragedia y un fondo de dolor en los aspectos más movidos de los asuntos alegres. Así lo delatan sus cuadros, así sus aguafuertes, así sus caprichos, así sus retratos.

* * *

Como fueron veinte hermanos y tuvo varios hijos, amó la niñez y en sus pinturas y dibujos abundan los niños. Algunos de sus autorretratos son de adolescente. En la familia de Carlos IV, en la de los duques de Osuna y en la de la condesa de Montijo, hay niños deliciosos; el retrato de Pepito Corte con sus juguetes (F. 1.^a), el nieto de Goya (F. 2.^a) que figura en la antigua colección del duque de Sexto son de los más expresivos del autor. En la mayoría de sus cuadros religiosos hay niños y ángeles: Así en *El nacimiento de María*, *La Sagrada Familia*, donde el Bautista aparece en actitud de ingenua adoración del Salvador (F. 3.^a); en *La muerte de San José*, en los *frescos de San Antonio de la Florida*, en *Un milagro de San Antonio*, en *La Oración del Huerto*, en *La Comunión de San José de Calasanz*, en *Procesión*, en *La misa de parida*, *Saturno devorando a sus hijos*, *La Música*, *La vendimia*, *Las floreras*, *La era*, *Alegoría de la ciudad de Madrid*, *Episodio de la invasión francesa*, *Fusilamiento*, *El columpio* (F. 4.^a), del Museo del Prado (porque en el más conocido que posee el duque de Montellano no hay niños); *El entierro de la sardina*, *El caccharrero*, *Las mozas de cántaro*, *La duquesa de Alba con un negrito en los brazos* (F. 5.^a), *Los pobres de la Fuente*, *Muchachos cogiendo fruta* (F. 6.^a), *Niños inflando una vejiga* (F. 7.^a), *Muchachos jugando a los soldados*, *El muchacho del pájaro*, *El niño del árbol*, *Muchachos trepando al árbol* (F. 8.^a), *Mascarada infantil* (F. 9.^a), y graciosísimo *capricho* o caricatura, catalogado con el n.º 69 y titulado *¡Sopla!* (F. 10), son otros tantos cuadros, aguafuertes o litografías en donde Goya expande su predilección por la niñez que es, después de todo, una forma expresiva, quizás la más natural, del amor al progreso.

* * *

Porque, como según ya indicamos, Goya, no faltó de fe, pero sí débil en ella, no supo poner su espíritu en guardia contra ciertas demasías del enciclopedismo de Juan Jacobo, sus cuadros religiosos son los más endebles de su obra y desde las pinturas de la iglesia de Fuendetodos hasta la *Comunión de San José de Calasanz* (F. 11) que fueron el alfa y la omega de toda su colección de asuntos de esta índole, son no sólo faltos de inspiración, sino flojos en el colorido, en el dibujo y en la composición, si lo comparamos con el resto de su obra. Si no se estima, como no debe estimarse, como profanación, diría del Cristo del Museo del Prado (F. 12) que tiene más semejanza con la maja desnuda del mismo lugar que con cualquiera de los divinísimos lienzos de Velázquez, ante los cuales tantas veces se detuvo nuestro artista para hacer copias estimables.

* * *

Porque en medio del afrancesamiento de sus inclinaciones y de la gratitud debida a Francia (donde encontró cobijo y ayuda), guardaba muy adentro de su espíritu el amor intenso a la patria, pintó con singular complacencia y maestría los personajes y personajillos representativos de la España del XVIII y del XIX y tuvo para los horrores de la guerra de la Independencia la hiriente protesta de aquellos lienzos que se llaman *Los fusilamientos de la Moncloa* (F. 13), *El Dos de Mayo de 1808 en la Puerta del Sol de Madrid*, *Episodios de la invasión francesa* y las aguafuertes *Horrores de la guerra* (F. 14).

* * *

Y porque dentro de su patriotismo rendía un especial culto a su tierra nativa, en la inmensa mayoría de sus obras, el cielo, el suelo y el alma de Aragón resplandece, y más todavía la sobriedad, la sencillez y la reciedumbre de los hombres, la tierra y el horizonte de ese pedazo de su suelo que el Jalón riega, el Huerva baña y el Ebro inunda.

* * *

Las enfermedades de Goya, todas ellas excitando principalmente su cerebro y deprimiendo su espíritu: aquéllo a virtud de los procesos febriles con localización cerebral y manifestaciones delirantes; éstas limitando el poder de los dos sentidos más trascendentes e intelectuales, el oído y la vista, influyeron en el arte de Goya, haciéndolo sumamente complejo y abundante, por un lado, y francamente irónico, rebelde y aleccionador por otro, como expresión de la honda tristeza de su espíritu, la cual trataba de neutralizar con el estruendo de su trabajo. Algo

semejante a los niños cuando sumidos en la obscuridad quieren y consiguen ahuyentar al miedo con sus cánticos.

No conocemos ningún autor que haya notado los padecimientos en la vista del genial pintor. Sin embargo existían. En el autorretrato que figura en el catálogo de Goya con el núm. 238, reproducción de un cuadro de 0'52 de alto por 0'41 de ancho, se representa D. Francisco relativamente joven de no más de treinta años, con abundante cabellera pintada hacia atrás, dejando muy destacada la oreja izquierda entre los tonos oscuros de aquel pelo y el de la patilla corrida hasta el ángulo de la mandíbula, las cejas poco pobladas, como de insuficiencia tiroidea, mirando por encima de las gafas y los anteojos redondos bien calados. Por aquella especial manera de mirar; por el hecho de que en otro autorretrato, el que se titula *Goya ante el caballete*, aparece el pintor desprovisto de gafas y por ser vicio de visión el más corriente entre los congénitos, estimamos que Goya fué miope. Por lo demás, en el núm. 1 de los caprichos, que es aquel autorretrato del sombrero de copa felpudo y la melena suelta sobre las orejas destaca aquella mirada recogida y punzante de los cortos de vista.

* * *

En todos los retratos de Goya se aprecian perfectamente dos arrugas o surcos, cada vez más acentuados, que son a las que el gran clínico Jadelot atribuía cierto valor en el diagnóstico de la afección del cerebro y del vientre; me refiero a las que van desde la raíz de la nariz al carrillo y de las alas de la nariz al mentón (F. 15 y 16).

Aquellas influencias de su temperamento, su carácter y sus enfermedades que nos hemos permitido señalar, en su obra se patentizan a lo largo de ella en la elección de asuntos y en la ejecución de ellos, muchos de cuyos originales guardan una estrecha relación con la *Medicina y la Cirujía*.

Así: *El albañil herido*, *Disciplinantes*, *Los fusilamientos de la Moncloa*, *El herido*, *Hombres castrando un perro*, *El ajusticiado*, *La muerte del alcalde de Torrejón*, *La muerte de Pepe-Hillo* y *El picador cogido*; la ceguera, en el *Tío Paquete* (F. 17); y el estrabismo, en el *General Eroles* (F. 18), entre los asuntos quirúrgicos. *San Francisco de Borja expulsando los demonios*, *La casa de locos*, *La familia de Carlos IV*, *La Infanta Doña María Josefa de Borbón* (estudio de cabeza para el cuadro anterior), *El llamado hospital de apestados*, *Santa Isabel cuidando leprosos Sanos y enfermos* (F. 19), *Carretadas al cementerio*, *¡Qué locura!*, *Loco con sombrero y loco destocado y vestido*

de mujer, notables dibujos del artista que figuran con los núms. 521 y 595 en la obra de Mayer, *El glotón*, *El esqueleto viviente* y *El sueño*, entre los médicos.

Algunos de estos últimos merecen ligeros comentarios: Así, por ejemplo: En *San Francisco de Borja expulsando los demonios*, la figura del Santo, más que de un sacerdote exorcizador es la de un hipnotista ejecutando los pases mesmerianos a un durmiente y el poseso aparece con la rigidez convulsiva de un pitiático (F. 20).

En *La casa de locos*, fiel trasunto del Manicomio de Zaragoza, de que tantos elogios hiciera el gran Pinnel, según hemos indicado en otro lugar, dominan los epilépticos, los delirantes, los maniáticos y los atacados de ideas de grandeza como el que aparece de pie en primer término a la izquierda, tocado de plumas a modo de corona real, muy perniabierto, apenas vestido por una tela escarlata sobre el vientre y dando a besar su diestra a la insania de una multitud femenina (F. 21).

En *La familia de Carlos IV* y sobre todo en los bustos de la Reina María Luisa y de la Infanta María Josefa de Borbón, como bocetos de aquel gran cuadro (F. 22), se echa de ver en la Reina una curiosa mezcla de signos stehoroideos de insuficiencia, como la media ceja, y de hiperfunción, como el bocio, y en la Infanta anciana un parchecito negro sobre la sien derecha revelador de la jaqueca que por aquel entonces se pretendía curar con una rueda de calabaza sobre el sitio del dolor (F. 23).

En el llamado *hospital de apestados* se reproduce otra vez la estancia inhóspita del nosocomio zaragozano. Sobre harapos tendidos en el yeso del pavimento se revuelcan los enfermos de la bubónica en una desolación desconcertante que entenebrece el ánimo. La figura central semeja un enfermo de neumonía pestosa que se apoya en la palma de la mano izquierda para hacer menos angustiosa la tos que le agobia (F. 24).

Carretadas al cementerio es la pareja del anterior como asunto y evidentemente se refiere a la enorme mortandad de la peste que obligaba a enterrar a los muertos sin mortaja y sin féretro (F. 25).

¡Qué locura! es una aguafuerte de la colección de los *Desastres*, verdaderamente maravillosa, pues da la sensación de un *esquirolfrénico* en violenta actitud catatónica contemplando la fantasía de sus dibujos (F. 26), y los dos locos de sus litografías catalogados con los núms. 529 y 522 son los tipos de un demente y de un idiota de frente estrecha, cráneo pequeño, cara grande y ojos cruzados a cuyo margen puso el mismo Goya estas líneas de una inmensa y desconsoladora ironía: "Este

tiene muchos parientes y algunos racionales". En estas líneas que tienen tanto de sentencia como de reproche, expresa claramente cuestiones tan importantes en la psiquiatría como la degeneración, la herencia y el abandono de estos enfermos por sus familiares (F. 27 y 28).

El glotón es un acromegálico con su cifosis característica y sus manos enormes (F. 29).

El esqueleto viviente es el retrato de un caso patológico en 1826 de extrema delgadez ante quien tienen mucho que meditar los modernos endocrinólogos (F. 30).

El sueño es una escena de hipnotismo provocado por una bruja de aquellos tiempos quien muestra con sonrisa de triunfo su mágico poder ante el grupo de curiosas asustadas y atónitas (F. 31).

En el resto de los caprichos, de los desastres, de los proverbios, de los disparates y de los presos que constituyen sus *aguafuertes* y en los dibujos a lápiz, a tinta y a piedra, lo mismo que en las aguadas hay un verdadero arsenal, una considerable monografía de neuropatología en la que hasta ahora no han reparado nuestros neurólogos ni mentalistas.

¡Dios les abra los ojos y les acucie la afición para que a la vista de tan maravilloso, prolijo y superabundante espectáculo puedan sacar para la ciencia de la clínica las enseñanzas que para el arte de la pintura sacaron Mayer, Beruete, el Conde de la Viñaza y otros muchos.

Por lo demás, para nosotros los que hemos puesto siempre por encima de la profesión el profesorado, los que sobre la vesta del sacerdote, si es que esto de la Medicina es ahora un sacerdocio, vestimos la toga del catedrático, los que tenemos la misión de enseñar supeditada a la vocación de aprender, hemos tomado con provecho una lección inefable de la obra y de la vida de Goya, ella fluye como manantial deleitoso, refrigerador y confortable que a un mismo tiempo consuela y estimula, de ese dibujo póstumo en que el artista ochentón quería representarse en aquel viejo muy viejo, de luenga barba y arrastrando los pies, la cabeza caída, evitando caerse todo él con el apoyo de dos bastones y que lleva como leyenda esta frase que es todo un programa de apostolado: "Aun aprendo" (F. 32).

Más modesto que Goya, aunque más joven, al acercarme a los cuarenta años de profesorado, y menos seguro de mi cabeza que el venerable anciano de sus pies, no me atrevo a decir como el maestro inmortal *aun aprendo*, pero sí exclamo con todo el ardor de la juventud ya remota, esta frase trasunto de la suya:

¡Aun quisiera aprender!

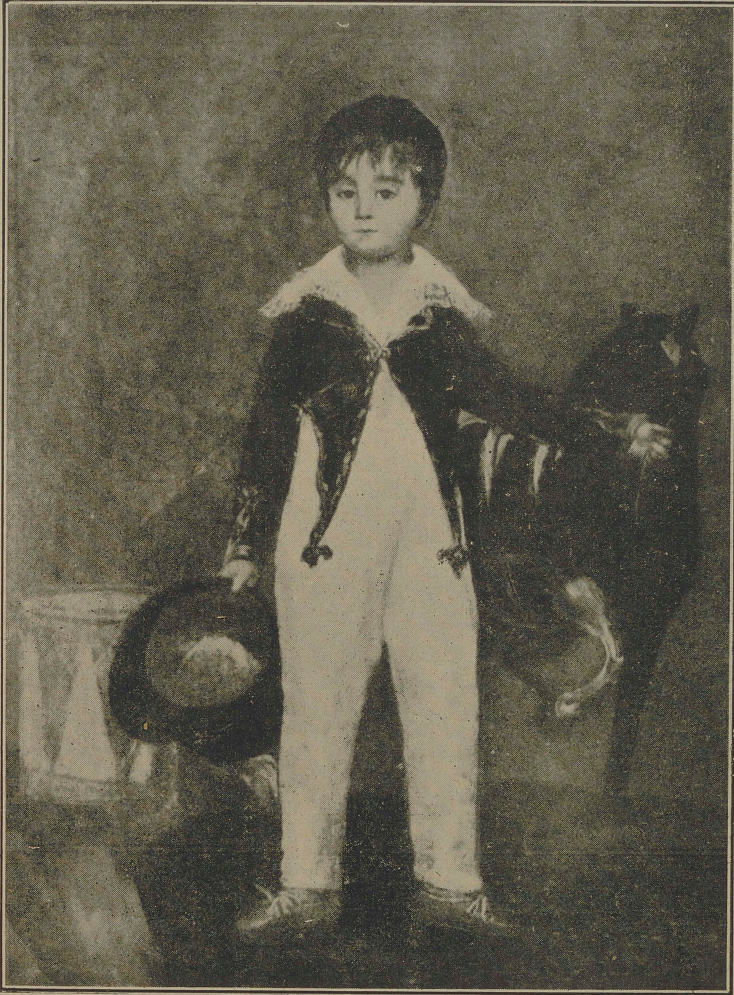


FIG. 1.^a — PEPITO CORTE



FIG. 2.^a — EL NIÑO DE GOYA

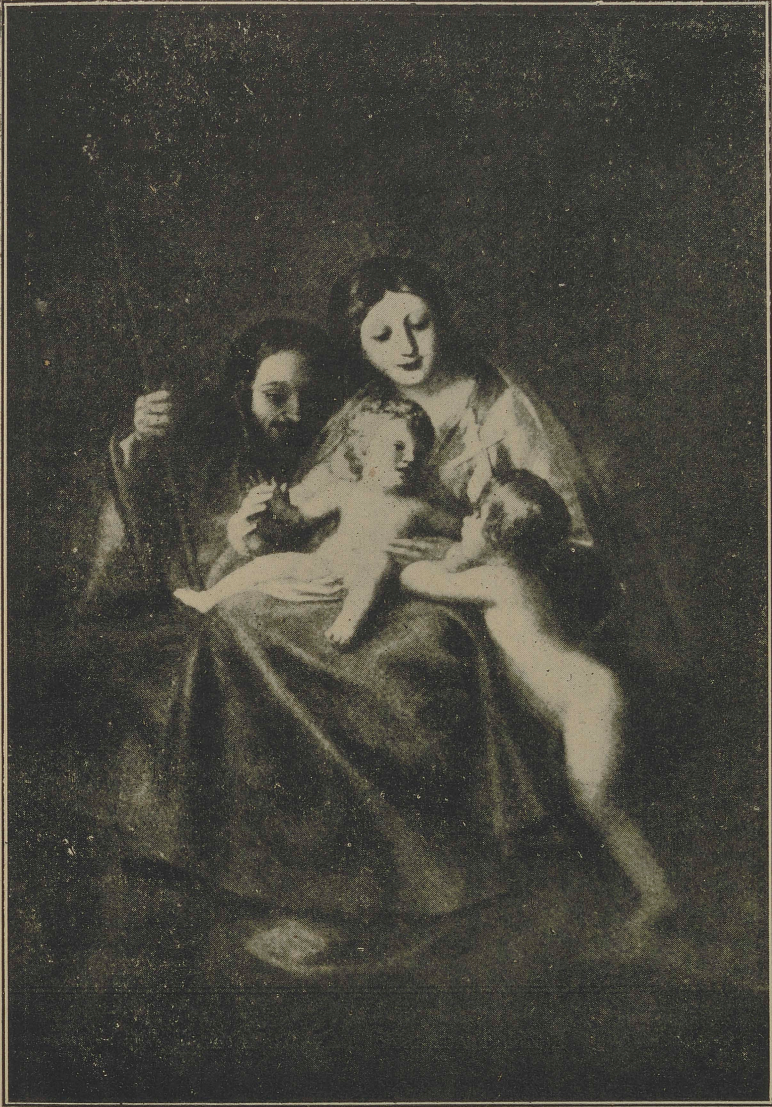


FIG. 3.^a — LA SAGRADA FAMILIA



FIG. 4,^a — EL COLUMPIO



FIG. 5.^a — LA DUQUESA DE ALBA CON UN NEGRITO



FIG. 6.^a — MUCHACHOS COGIENDO FRUTA



FIG. 7.^a - NIÑOS INFLANDO UNA VEJIGA

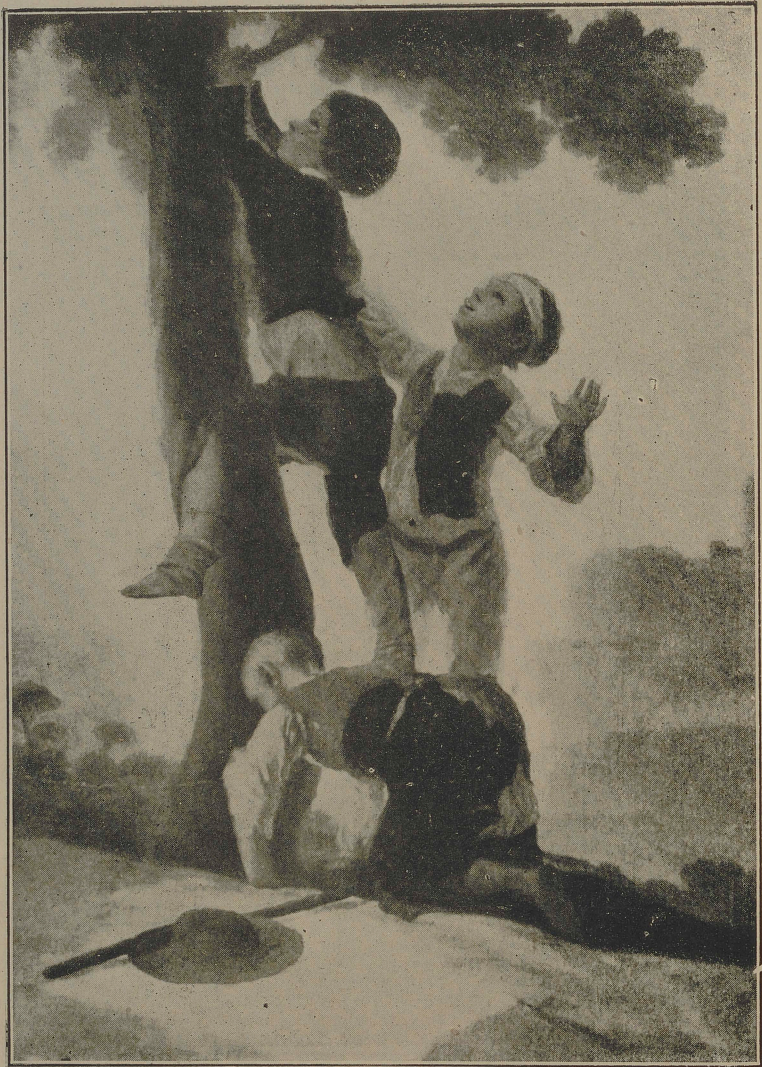


FIG. 8.^a — MUCHACHOS TREPANDO AL ÁRBOL



FIG. 9.^a — MASCARADA INFANTIL



FIG. 10. — ¡SOPLA!



FIG. 11. — COMUNIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

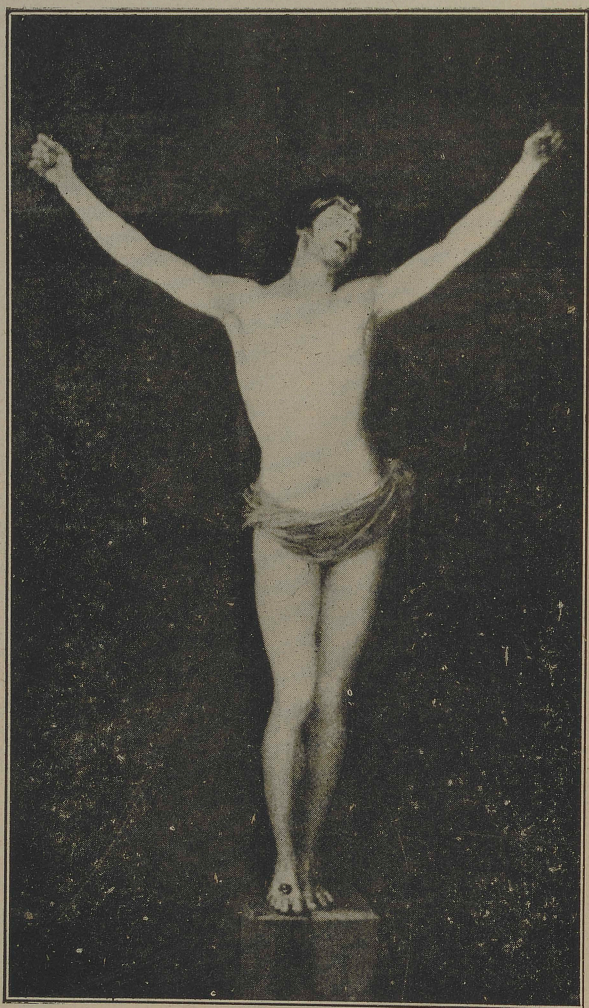


FIG. 12. — SANTO CRISTO



FIG. 13. — LOS FUSILAMIENTOS DE LA MONCLOA



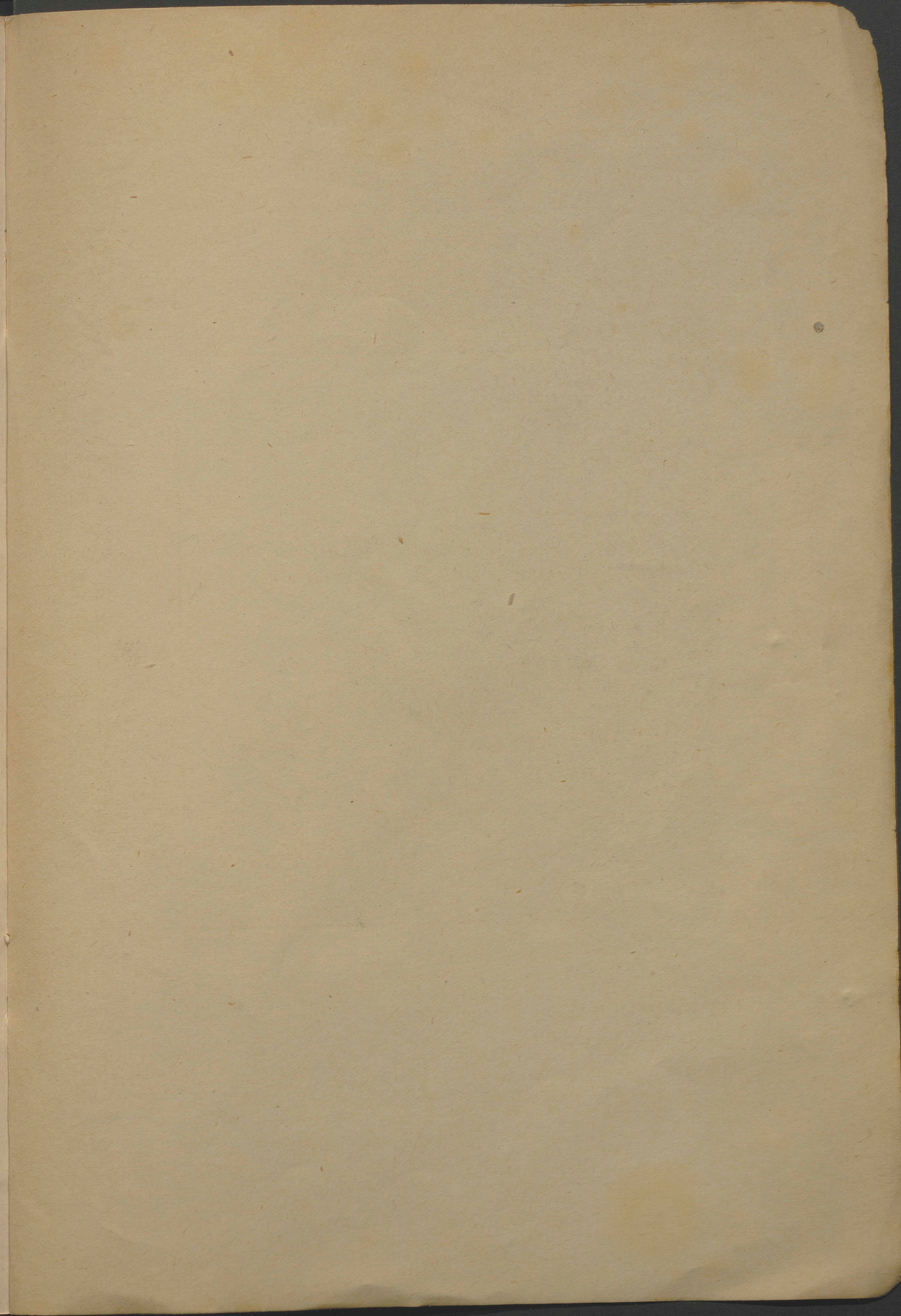
FIG. 30. — EL ESQUELETO VIVIENTE

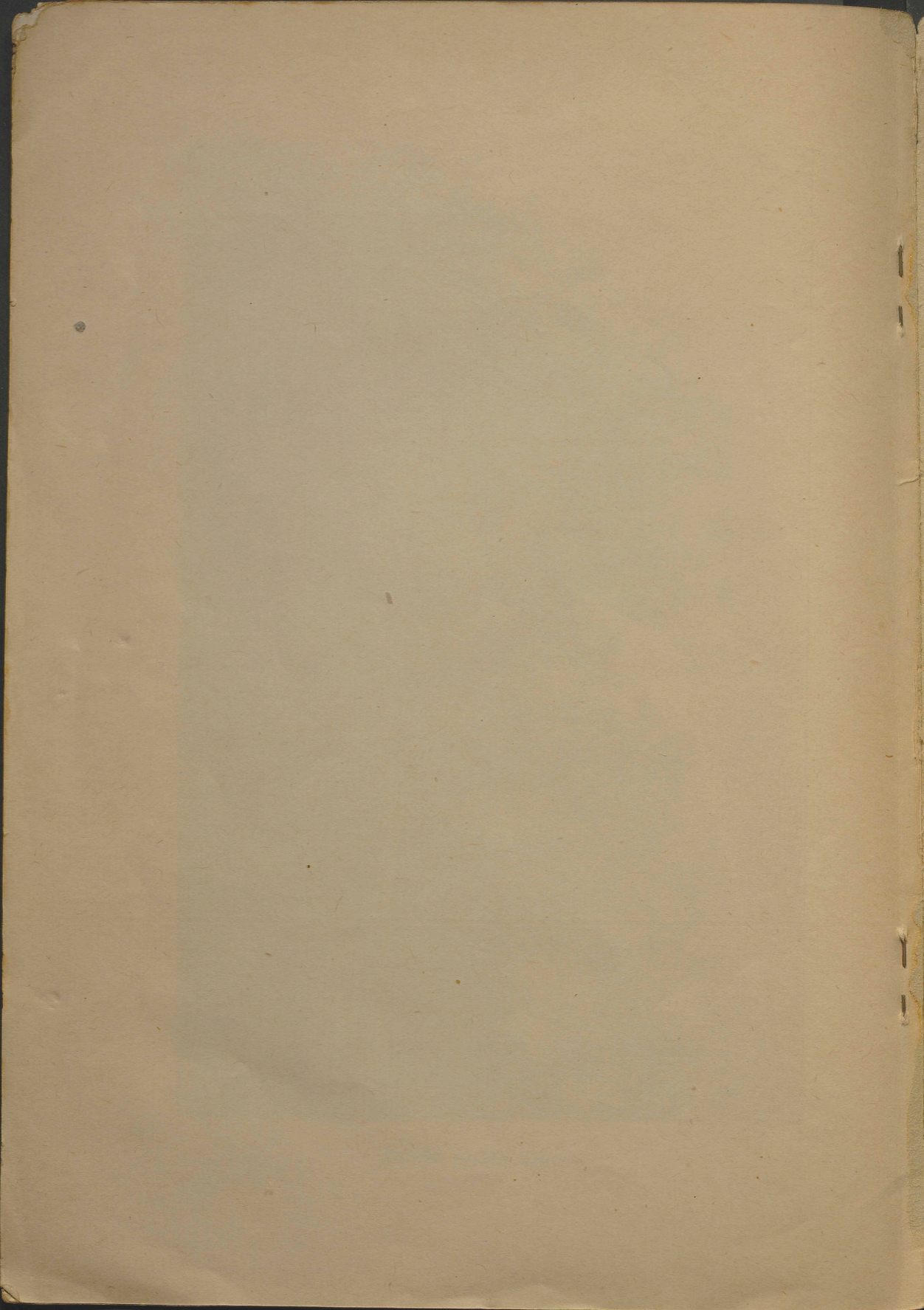


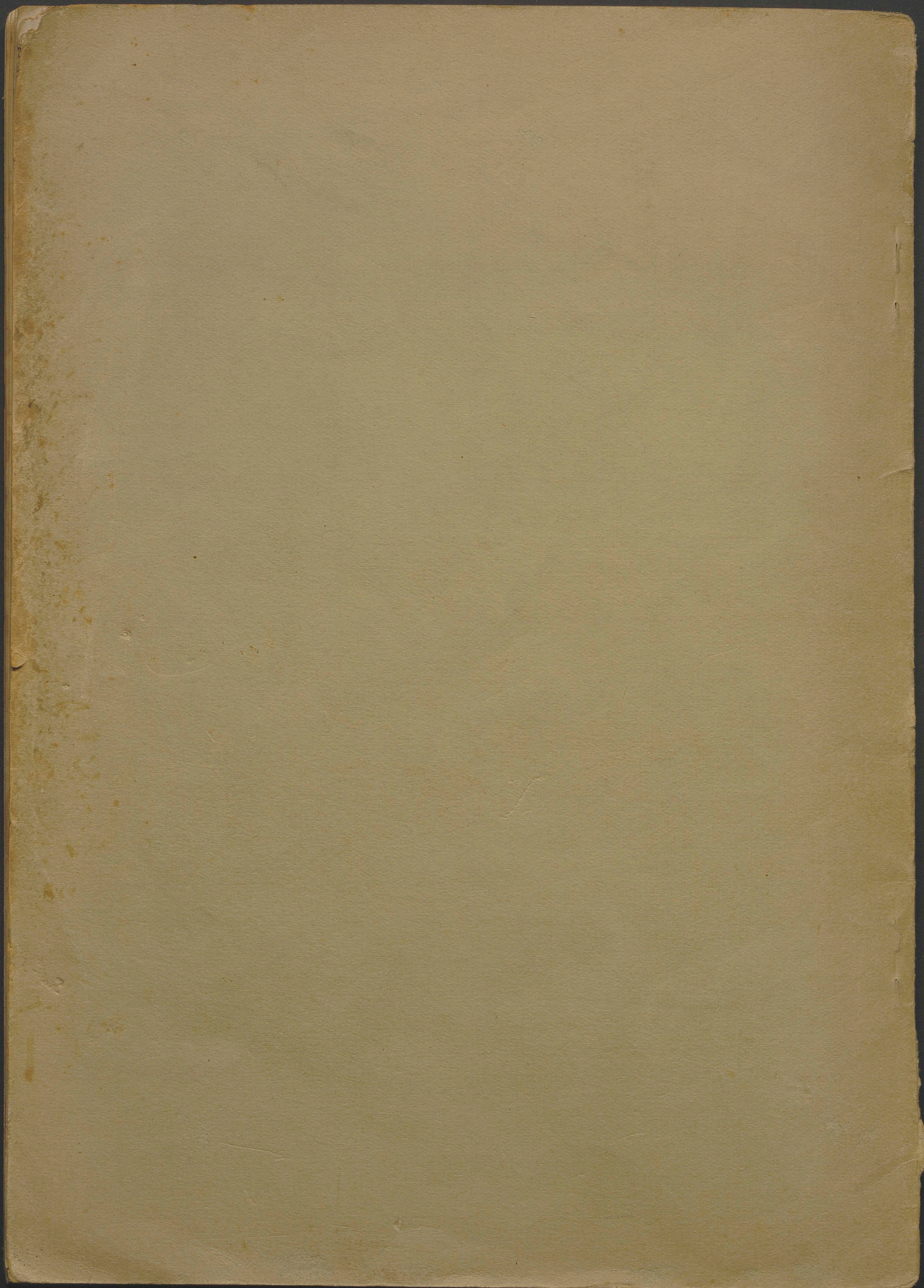
FIG. 31. — EL SUEÑO



FIG. 32. — ¡AÚN APRENDO!







ceso verbal. El adjunto al Corregimiento, firmado en el Libro de Registro, de Coursson.

El Corregidor de la Ciudad de Burdeos, Oficial de la Real orden de la Legión de honor, Certifica la presente copia conforme a los Libros del Registro.

Hecha y dada en la Casa de la Ciudad, el día veinte y uno de abril de mil ochocientos veinte y ocho

El Adjunto al Corregidor

De Coursson=con rúbrica

Lugar del Sello de oficio del Corregimiento de Burdeos, impreso con humo

Nos Pedro María Emerigon, oficial de la Real Orden de la Legión de honor, Presidente del Tribunal Civil de Burdeos, Certificamos que la antecedente firma es la del Sr. Coursson, uno de los adjuntos al Señor Corregidor de esta Ciudad y que se la debe dar fe

Burdeos el día veinte y tres de Abril de mil ochocientos veinte y ocho

P. Emerigon=con rúbrica

Lugar del Real Sello de Oficio del Tribunal Civil de Burdeos, impreso con tinta

Copia del Castellano.—D. Francisco de Ferrari y Santa Cruz, Caballero del Escudo de la Fidelidad, Condecorado con el Lis de Francia, Cónsul de S. M. C. en el Departamento de la Gironda y sus dependencias, etc.....

Certifico que el Sr. Emerigon, que ha firmado la fe de muerte que antecede, es como se califica Presidente de este Tribunal Civil, y como tal a sus escritos se da entera fe y crédito en ambos juicios; y para que conste donde convenga, firmo el presente refrendado con el Real Sello de este Consulado. Burdeos 23 de Abril de 1828.

Registro núm. 44

Francisco de Ferrari y Santa Cruz con rúbrica.....

Lugar del Real Sello de Oficio del Consulado de España en Burdeos; impreso con tinta.....

Está escrito el original en papel sellado con los dos reales sellos usados actualmente en Francia; que son el uno ordinario del papel impreso al margen con tinta, y el otro el llamado Timbre Real estampado también al margen en seco.....

Certifico yo D. José Sabau y Blanco, del Consejo de S. M., su Secretario y de la Interpretación de Lenguas, Arcediano de Aliaga, Dignidad de la Santa Iglesia metropolitana de Zaragoza, Bibliotecario de

la Real Academia de la Historia y Académico de número de la misma: Que la antecedente traducción está bien y fielmente hecha en castellano del ejemplar francés y legalización en castellano, que me fué exhibido para este efecto. Madrid seis de Mayo de mil ochocientos veinte y ocho. Entre renglones en la misma y Romualdo, Comerciante residente.—Vale.—José Sabau y Blanco”.

Según se desprende de los datos y documentos transcritos, D. Francisco padecía una afección nerviosa de origen vascular que hoy llamaríamos arterio-esclerosis, la cual, determinando por ictus apopléticos de hemorragias discretas, un estado de reblandecimiento cerebral progresivo, ocasionó un ataque mayor de hemorragia por rotura de aneurisma miliar de la arteria lenticulo estriada de la cápsula interna del hemiencéfalo izquierdo, cuyo ataque dió al traste con la gloriosa vida a las dos de la madrugada limitáneo del 16 al 17 de abril de 1828, después de unas horas de sopor y de coma, rodeado de su familia y amigos quienes se dieron cuenta de la pérdida de su conocimiento antes que de la de su existencia.

V

¿Cómo influyeron en la obra de Goya su temperamento,
su psiquismo y sus enfermedades?

Si nosotros creyéramos en la ciencia de penúltima moda de Pfister y en las anticuadas del psicoanálisis de Freud, nos aventuraríamos en consideraciones de un arte decadente y de una ciencia *rupestrial* a propósito de la inspiración, de la subconsciencia y de los complejos de Edipo que, todavía hoy, hacen las delicias de un grupo de ultraselectos, médicos, artistas y filósofos, todo en una pieza, que es siempre el falo simbólico de sus preocupaciones.

Si, como algunos de nuestros críticos de arte, opinásemos que hay que considerar a Goya como el precursor del expresionismo como cumbre del arte subjetivo e individualista, meteríamos la tijera en las extrañas páginas de Kandinsky y procuraríamos buscar en los resplandores goyescos, las *lucres impares* de que nos habla Apollinaire.

Si no conociésemos Fuendetodos palmo a palmo y no hubiésemos estrechado la mano de los vecinos y descendientes del genio, indagaríamos en el fárrago de los caprichos y en el bosquejo de las aguas-

La pilosidad es de un vello blando, laso, suavemente ondulado en ocasiones; su calva es extensa y como pulimentada; las cejas son intensas; la barba, extensa, igual de límites que sobrepasan la cara y el cuello; es de pelo blando y ondulado. El vello axilar y genital es igualmente característico: abundante, extenso, grueso, largo. El color de la piel es rojizo más que pálido.

Las enfermedades a las que el pícnico está predispuesto son la obesidad, la diabetes, las litiasis, el reumatismo y la arterio-esclerosis.

La vida sexual en estos tipos suele transcurrir llana, fácil, sin complicaciones de aquellas que sobrevienen del divorcio entre el amor psíquico y la apetencia sexual somática.

Por lo que se refiere a lo psíquico, los rasgos fundamentales, tales como los señala Kestchmer, son: sociabilidad, bondad de corazón, afabilidad, alegría, humor, viveza, vehemencia, tranquilidad, melancolía, blandura; es decir, gente de buen humor, que toma la vida tal cual es, abiertos de genio, espontáneos, de amistades fáciles y rápidas, son tiernos y fervorosos. Como necesita de sus semejantes, no gusta de la soledad, llora con el triste y ríe con el alegre; vive en las cosas, se funde con ellas. Su pretendido egoísmo es algo infantil; son trabajadores y prácticos, ahorrativos, aplicados, de gran capacidad para el trabajo. Dentro de este fondo común hay unos, los hipomaniacos, que tienden a la expansión y en ellos es asombroso la rapidez con que aprovechan la coyuntura; su ritmo es acelerado, de rápida comprensión; reaccionan fácilmente a los estímulos; su mímica y movimientos son fluidos y naturales, vivaces, en fin; los otros, los tristes, son enérgicos, con frecuencia religiosos, pero sin beatería, fariseísmo ni proselitismo; el ritmo de su mentalidad es pausado y parsimonioso.

Según el autor citado, los tipos cicloides, si son investigadores, entran de lleno en el concepto de los intuitivos, empíricos y descriptivos; si son caudillos, descuellan por la condición de organizadores y mediadores sensatos que van derechos a su fin; si son poetas, realistas o humoristas.

Kretsmmer no se ha ocupado para nada de los pintores, pero no hay duda alguna de que si nuestro Goya hubiera sido general, no se habría mostrado idealista puro, ni fanático, ni frío calculador; si su numen le hubiera llevado a la investigación científica no le hubiera orientado hacia la metafísica o la sistematización; como artista de la luz y del color desarrolló su arte en el humorismo y en el realismo de la

fuertes reminiscencias de los delirios y de las ideas esquinofrénicas, como si Dios no lo remedia, ha de hacerlo algún doctor de *cuyo nombre no quiero acordarme*. Pero Goya pudo ser *precoz* en todo menos en la *demencia*, ya que cuando murió de viejo en aquellas edades en las que hasta los cerebros más robustos se dementizan, dió tales pruebas de cordura como lo prueban sus últimos cuadros y sus cartas últimas, sobre todo la dirigida a su hijo veinte días antes de morir.

Humorismo, ironía, ingenio, gracia, en fin, como la de Marcial, como la de Gracián, sus dos paisanos, sus dos vecinos, ya que sus cunas se mecieron casi juntas en las riberas del Jalón y del Huerva; en Calatayud el poeta; en Belmonte el filósofo y singular prosista; en Fuendetodos, el pintor.

Si al igual de lo hecho por el ilustre psiquiatra, Profesor Kretschmer, con Lutero y Goethe, Humboldt y Mirabeau, Muller y Tasso, Robespierre y Federico el Grande, intentáramos hacer un estudio del temperamento psicológico de Goya y de su característica mental al relacionar su *soma* con su *psique*, según la expresión del maestro de Marburgo, trasunto fiel en su ideario de aquel manido refrán castellano que reza: "Genio y figura...", diríamos que el gran pintor aragonés y español por antonomasia era un temperamento *cicloide*.

En efecto: el hábito constitucional de Don Francisco de Goya y Lucientes es francamente *picnico* según la acepción consignada por Kretschmer y los caracteres atribuidos a este tipo morfológico peculiarizado por un intenso desarrollo en el sentido de la latitud de la cabeza, pecho y vientre, tendencia a la acumulación de grasa y estructura grácil del aparato locomotor (cintura escapular y extremidades); la cara ancha, medio hundida entre los hombros sobre un cuello macizo; el vientre, adiposo, de Goya, sobresale del tórax abombado y hundido, y presenta como característica la relación proporcional entre el cuello, los hombros y el pecho por lo que se refiere a los tejidos blandos y entre la mano y la cara en cuanto atañe al esqueleto.

La cara *picnica* es el trasunto de la estructura somática: amplitud, blandura, redondez. El cráneo es grande, redondo, ancho, pero no muy alto. La grasa se concentra, sobre todo en los sujetos de edad avanzada, en las partes laterales inferiores de las mejillas y bajo la barba (papada), la frente, nariz, pómulos, mentón, dibújense con nitidez. La forma de la nariz es de tamaño mediano, a veces rojiza y afectada de acné rosáceo. Los ojos, pequeños y profundos. La frente, bellamente desarrollada, amplia, abombada, y el contorno frontal de las facies varía en torno de la forma llamada *pentagonal*.

La pilosidad es de un vello blando, laso, suavemente ondulado en ocasiones; su calva es extensa y como pulimentada; las cejas son intensas; la barba, extensa, igual de límites que sobrepasan la cara y el cuello; es de pelo blando y ondulado. El vello axilar y genital es igualmente característico: abundante, extenso, grueso, largo. El color de la piel es rojizo más que pálido.

Las enfermedades a las que el pícnico está predispuesto son la obesidad, la diabetes, las litiasis, el reumatismo y la arterio-esclerosis.

La vida sexual en estos tipos suele transcurrir llana, fácil, sin complicaciones de aquellas que sobrevienen del divorcio entre el amor psíquico y la apetencia sexual somática.

Por lo que se refiere a lo psíquico, los rasgos fundamentales, tales como los señala Kestchmer, son: sociabilidad, bondad de corazón, afabilidad, alegría, humor, viveza, vehemencia, tranquilidad, melancolía, blandura; es decir, gente de buen humor, que toma la vida tal cual es, abiertos de genio, espontáneos, de amistades fáciles y rápidas, son tiernos y fervorosos. Como necesita de sus semejantes, no gusta de la soledad, llora con el triste y ríe con el alegre; vive en las cosas, se funde con ellas. Su pretendido egoísmo es algo infantil; son trabajadores y prácticos, ahorrativos, aplicados, de gran capacidad para el trabajo. Dentro de este fondo común hay unos, los hipomaniacos, que tienden a la expansión y en ellos es asombroso la rapidez con que aprovechan la coyuntura; su ritmo es acelerado, de rápida comprensión; reaccionan fácilmente a los estímulos; su mímica y movimientos son fluidos y naturales, vivaces, en fin; los otros, los tristes, son enérgicos, con frecuencia religiosos, pero sin beatería, fariseísmo ni proselitismo; el ritmo de su mentalidad es pausado y parsimonioso.

Según el autor citado, los tipos cicloides, si son investigadores, entran de lleno en el concepto de los intuitivos, empíricos y descriptivos; si son caudillos, descuellan por la condición de organizadores y mediadores sensatos que van derechos a su fin; si son poetas, realistas o humoristas.

Kretzmer no se ha ocupado para nada de los pintores, pero no hay duda alguna de que si nuestro Goya hubiera sido general, no se habría mostrado idealista puro, ni fanático, ni frío calculador; si su nombre le hubiera llevado a la investigación científica no le hubiera orientado hacia la metafísica o la sistematización; como artista de la luz y del color desarrolló su arte en el humorismo y en el realismo de la

clásica pintura española que es la propia de aquellos artistas del ritmo que se llaman poetas o músicos.

Nada, por consiguiente de *esquizoidismo*, nada de demencia precoz, pues según hemos dicho al principio de estas consideraciones, en todo pudo ser Goya precoz menos en la demencia, ya que ni en la senectud, cuando muchos lo son, él lo fué; Goya era un cicloide, vivió en el ambiente, con el ambiente y por el ambiente; tuvo el ritmo apresurado y cambiante de su época; realista y humorista, supo encontrar un matiz de bullanga en el *tempo* pausado de toda tragedia y un fondo de dolor en los aspectos más movidos de los asuntos alegres. Así lo delatan sus cuadros, así sus aguafuertes, así sus caprichos, así sus retratos.

* * *

Como fueron veinte hermanos y tuvo varios hijos, amó la niñez y en sus pinturas y dibujos abundan los niños. Algunos de sus autorretratos son de adolescente. En la familia de Carlos IV, en la de los duques de Osuna y en la de la condesa de Montijo, hay niños deliciosos; el retrato de Pepito Corte con sus juguetes (F. 1.^a), el nieto de Goya (F. 2.^a) que figura en la antigua colección del duque de Sexto son de los más expresivos del autor. En la mayoría de sus cuadros religiosos hay niños y ángeles: Así en *El nacimiento de María*, *La Sagrada Familia*, donde el Bautista aparece en actitud de ingenua adoración del Salvador (F. 3.^a); en *La muerte de San José*, en los *frescos de San Antonio de la Florida*, en *Un milagro de San Antonio*, en *La Oración del Huerto*, en *La Comunión de San José de Calasanz*, en *Procesión*, en *La misa de parida*, *Saturno devorando a sus hijos*, *La Música*, *La vendimia*, *Las floreras*, *La era*, *Alegoría de la ciudad de Madrid*, *Episodio de la invasión francesa*, *Fusilamiento*, *El columpio* (F. 4.^a), del Museo del Prado (porque en el más conocido que posee el duque de Montellano no hay niños); *El entierro de la sardina*, *El caccharrero*, *Las mozas de cántaro*, *La duquesa de Alba con un negrito en los brazos* (F. 5.^a), *Los pobres de la Fuente*, *Muchachos cogiendo fruta* (F. 6.^a), *Niños inflando una vejiga* (F. 7.^a), *Muchachos jugando a los soldados*, *El muchacho del pájaro*, *El niño del árbol*, *Muchachos trepando al árbol* (F. 8.^a), *Mascarada infantil* (F. 9.^a), y graciosísimo *capricho* o caricatura, catalogado con el n.º 69 y titulado *¡Sopla!* (F. 10), son otros tantos cuadros, aguafuertes o litografías en donde Goya expande su predilección por la niñez que es, después de todo, una forma expresiva, quizás la más natural, del amor al progreso.

* * *

Porque, como según ya indicamos, Goya, no faltó de fe, pero sí débil en ella, no supo poner su espíritu en guardia contra ciertas demasías del enciclopedismo de Juan Jacobo, sus cuadros religiosos son los más endeble de su obra y desde las pinturas de la iglesia de Fuendetodos hasta la *Comunión de San José de Calasanz* (F. 11) que fueron el alfa y la omega de toda su colección de asuntos de esta índole, son no sólo faltos de inspiración, sino flojos en el colorido, en el dibujo y en la composición, si lo comparamos con el resto de su obra. Si no se estima, como no debe estimarse, como profanación, diría del Cristo del Museo del Prado (F. 12) que tiene más semejanza con la maja desnuda del mismo lugar que con cualquiera de los divinísimos lienzos de Velázquez, ante los cuales tantas veces se detuvo nuestro artista para hacer copias estimables.

* * *

Porque en medio del afrancesamiento de sus inclinaciones y de la gratitud debida a Francia (donde encontró cobijo y ayuda), guardaba muy adentro de su espíritu el amor intenso a la patria, pintó con singular complacencia y maestría los personajes y personajillos representativos de la España del XVIII y del XIX y tuvo para los horrores de la guerra de la Independencia la hiriente protesta de aquellos lienzos que se llaman *Los fusilamientos de la Moncloa* (F. 13), *El Dos de Mayo de 1808 en la Puerta del Sol de Madrid*, *Episodios de la invasión francesa* y las aguafuertes *Horrores de la guerra* (F. 14).

* * *

Y porque dentro de su patriotismo rendía un especial culto a su tierra nativa, en la inmensa mayoría de sus obras, el cielo, el suelo y el alma de Aragón resplandece, y más todavía la sobriedad, la sencillez y la reciedumbre de los hombres, la tierra y el horizonte de ese pedazo de su suelo que el Jalón riega, el Huerva baña y el Ebro inunda.

* * *

Las enfermedades de Goya, todas ellas excitando principalmente su cerebro y deprimiendo su espíritu: aquéllo a virtud de los procesos febriles con localización cerebral y manifestaciones delirantes; éstas limitando el poder de los dos sentidos más trascendentes e intelectuales, el oído y la vista, influyeron en el arte de Goya, haciéndolo sumamente complejo y abundante, por un lado, y francamente irónico, rebelde y aleccionador por otro, como expresión de la honda tristeza de su espíritu, la cual trataba de neutralizar con el estruendo de su trabajo. Algo

semejante a los niños cuando sumidos en la obscuridad quieren y consiguen ahuyentar al miedo con sus cánticos.

No conocemos ningún autor que haya notado los padecimientos en la vista del genial pintor. Sin embargo existían. En el autorretrato que figura en el catálogo de Goya con el núm. 238, reproducción de un cuadro de 0'52 de alto por 0'41 de ancho, se representa D. Francisco relativamente joven de no más de treinta años, con abundante cabellera pintada hacia atrás, dejando muy destacada la oreja izquierda entre los tonos oscuros de aquel pelo y el de la patilla corrida hasta el ángulo de la mandíbula, las cejas poco pobladas, como de insuficiencia tiroidea, mirando por encima de las gafas y los anteojos redondos bien calados. Por aquella especial manera de mirar; por el hecho de que en otro autorretrato, el que se titula *Goya ante el caballete*, aparece el pintor desprovisto de gafas y por ser vicio de visión el más corriente entre los congénitos, estimamos que Goya fué miope. Por lo demás, en el núm. 1 de los caprichos, que es aquel autorretrato del sombrero de copa felpudo y la melena suelta sobre las orejas destaca aquella mirada recogida y punzante de los cortos de vista.

* * *

En todos los retratos de Goya se aprecian perfectamente dos arrugas o surcos, cada vez más acentuados, que son a las que el gran clínico Jadelot atribuía cierto valor en el diagnóstico de la afección del cerebro y del vientre; me refiero a las que van desde la raíz de la nariz al carrillo y de las alas de la nariz al mentón (F. 15 y 16).

Aquellas influencias de su temperamento, su carácter y sus enfermedades que nos hemos permitido señalar, en su obra se patentizan a lo largo de ella en la elección de asuntos y en la ejecución de ellos, muchos de cuyos originales guardan una estrecha relación con la *Medicina y la Cirujía*.

Así: *El albañil herido*, *Disciplinantes*, *Los fusilamientos de la Moncloa*, *El herido*, *Hombres castrando un perro*, *El ajusticiado*, *La muerte del alcalde de Torrejón*, *La muerte de Pepe-Hillo* y *El picador cogido*; la ceguera, en el *Tío Paquete* (F. 17); y el estrabismo, en el *General Eroles* (F. 18), entre los asuntos quirúrgicos. *San Francisco de Borja expulsando los demonios*, *La casa de locos*, *La familia de Carlos IV*, *La Infanta Doña María Josefa de Borbón* (estudio de cabeza para el cuadro anterior), *El llamado hospital de apestados*, *Santa Isabel cuidando leprosos Sanos y enfermos* (F. 19), *Carretadas al cementerio*, *¡Qué locura!*, *Loco con sombrero y loco destocado y vestido*

de mujer, notables dibujos del artista que figuran con los núms. 521 y 595 en la obra de Mayer, *El glotón*, *El esqueleto viviente* y *El sueño*, entre los médicos.

Algunos de estos últimos merecen ligeros comentarios: Así, por ejemplo: En *San Francisco de Borja expulsando los demonios*, la figura del Santo, más que de un sacerdote exorcizador es la de un hipnotista ejecutando los pases mesmerianos a un durmiente y el poseso aparece con la rigidez convulsiva de un pitiático (F. 20).

En *La casa de locos*, fiel trasunto del Manicomio de Zaragoza, de que tantos elogios hiciera el gran Pinnel, según hemos indicado en otro lugar, dominan los epilépticos, los delirantes, los maniáticos y los atacados de ideas de grandeza como el que aparece de pie en primer término a la izquierda, tocado de plumas a modo de corona real, muy perniabierto, apenas vestido por una tela escarlata sobre el vientre y dando a besar su diestra a la insania de una multitud femenina (F. 21).

En *La familia de Carlos IV* y sobre todo en los bustos de la Reina María Luisa y de la Infanta María Josefa de Borbón, como bocetos de aquel gran cuadro (F. 22), se echa de ver en la Reina una curiosa mezcla de signos stehoroideos de insuficiencia, como la media ceja, y de hiperfunción, como el bocio, y en la Infanta anciana un parchecito negro sobre la sien derecha revelador de la jaqueca que por aquel entonces se pretendía curar con una rueda de calabaza sobre el sitio del dolor (F. 23).

En el *llamado hospital de apestados* se reproduce otra vez la estancia inhóspita del nosocomio zaragozano. Sobre harapos tendidos en el yeso del pavimento se revuelcan los enfermos de la bubónica en una desolación desconcertante que entenebrece el ánimo. La figura central semeja un enfermo de neumonía pestosa que se apoya en la palma de la mano izquierda para hacer menos angustiosa la tos que le agobia (F. 24).

Carretadas al cementerio es la pareja del anterior como asunto y evidentemente se refiere a la enorme mortandad de la peste que obligaba a enterrar a los muertos sin mortaja y sin féretro (F. 25).

¡Qué locura! es una aguafuerte de la colección de los *Desastres*, verdaderamente maravillosa, pues da la sensación de un *esquirolfrénico* en violenta actitud catatónica contemplando la fantasía de sus dibujos (F. 26), y los dos locos de sus litografías catalogados con los núms. 529 y 522 son los tipos de un demente y de un idiota de frente estrecha, cráneo pequeño, cara grande y ojos cruzados a cuyo margen puso el mismo Goya estas líneas de una inmensa y desconsoladora ironía: "Este

tiene muchos parientes y algunos racionales". En estas líneas que tienen tanto de sentencia como de reproche, expresa claramente cuestiones tan importantes en la psiquiatría como la degeneración, la herencia y el abandono de estos enfermos por sus familiares (F. 27 y 28).

El glotón es un acromegálico con su cifosis característica y sus manos enormes (F. 29).

El esqueleto viviente es el retrato de un caso patológico en 1826 de extrema delgadez ante quien tienen mucho que meditar los modernos endocrinólogos (F. 30).

El sueño es una escena de hipnotismo provocado por una bruja de aquellos tiempos quien muestra con sonrisa de triunfo su mágico poder ante el grupo de curiosas asustadas y atónitas (F. 31).

En el resto de los caprichos, de los desastres, de los proverbios, de los disparates y de los presos que constituyen sus *aguafuertes* y en los dibujos a lápiz, a tinta y a piedra, lo mismo que en las aguadas hay un verdadero arsenal, una considerable monografía de neuropatología en la que hasta ahora no han reparado nuestros neurólogos ni mentalistas.

¡Dios les abra los ojos y les acucie la afición para que a la vista de tan maravilloso, prolijo y superabundante espectáculo puedan sacar para la ciencia de la clínica las enseñanzas que para el arte de la pintura sacaron Mayer, Beruete, el Conde de la Viñaza y otros muchos.

Por lo demás, para nosotros los que hemos puesto siempre por encima de la profesión el profesorado, los que sobre la vesta del sacerdote, si es que esto de la Medicina es ahora un sacerdocio, vestimos la toga del catedrático, los que tenemos la misión de enseñar supeditada a la vocación de aprender, hemos tomado con provecho una lección inefable de la obra y de la vida de Goya, ella fluye como manantial deleitoso, refrigerador y confortable que a un mismo tiempo consuela y estimula, de ese dibujo póstumo en que el artista ochentón quería representarse en aquel viejo muy viejo, de luenga barba y arrastrando los pies, la cabeza caída, evitando caerse todo él con el apoyo de dos bastones y que lleva como leyenda esta frase que es todo un programa de apostolado: "Aun aprendo" (F. 32).

Más modesto que Goya, aunque más joven, al acercarme a los cuarenta años de profesorado, y menos seguro de mi cabeza que el venerable anciano de sus pies, no me atrevo a decir como el maestro inmortal *aun aprendo*, pero sí exclamo con todo el ardor de la juventud ya remota, esta frase trasunto de la suya:

¡Aun quisiera aprender!

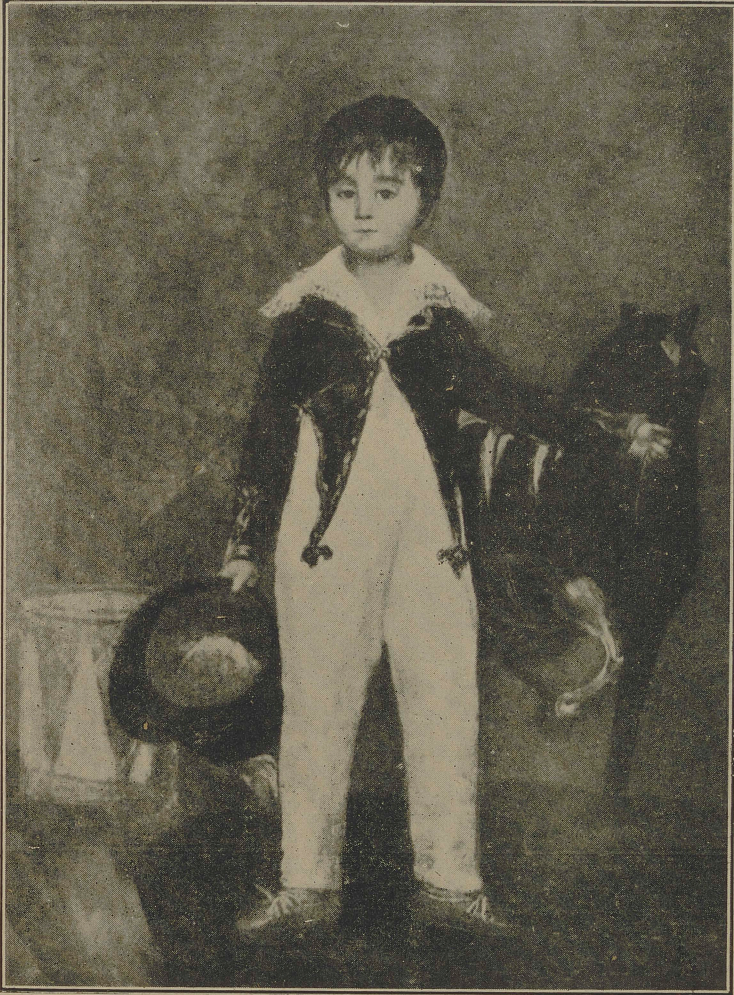


FIG. 1.^a — PEPITO CORTE



FIG. 2.^a — EL NIÑO DE GOYA

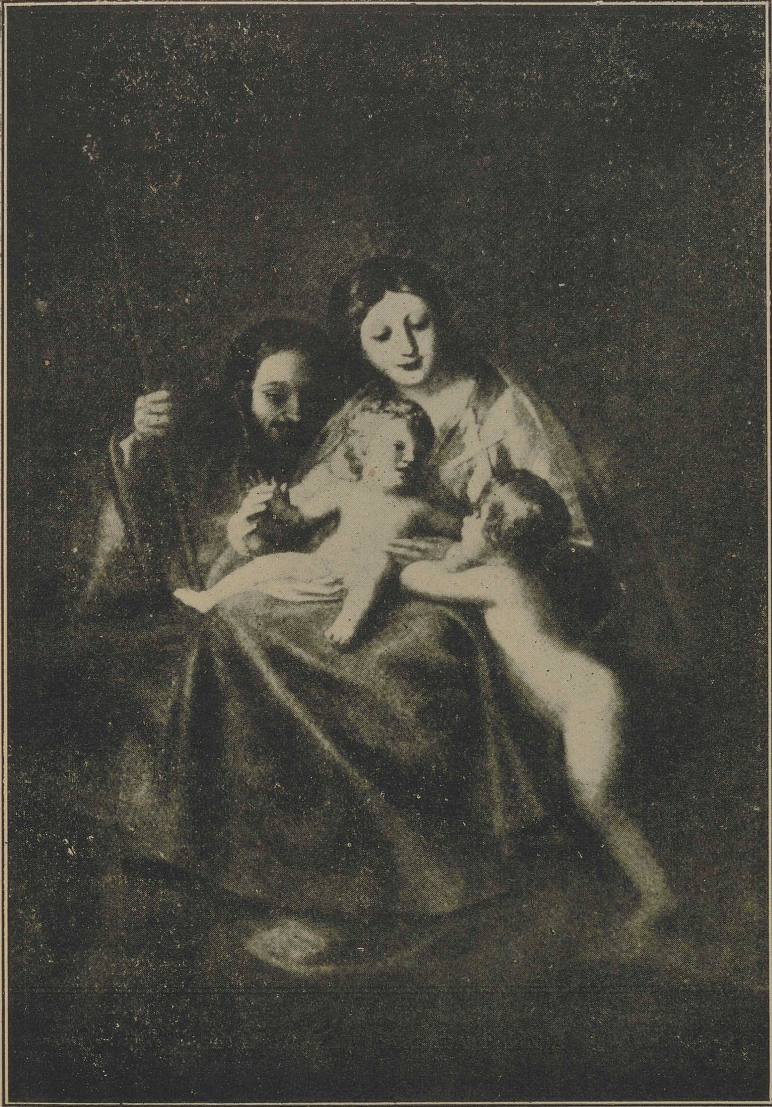


FIG. 3.^a — LA SAGRADA FAMILIA



FIG. 4,^a — EL COLUMPIO



FIG. 5.^a — LA DUQUESA DE ALBA CON UN NEGRITO



FIG. 6.^a — MUCHACHOS COGIENDO FRUTA



FIG. 7.^a - NIÑOS INFLANDO UNA VEJIGA

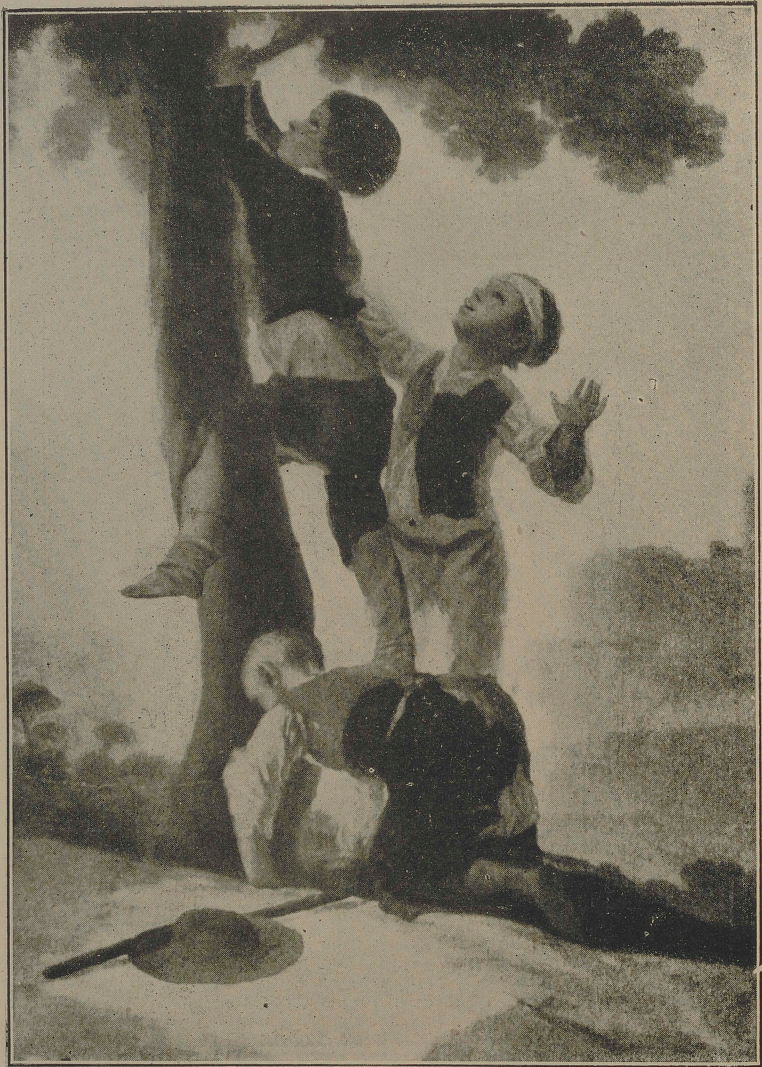


FIG. 8.^a — MUCHACHOS TREPANDO AL ÁRBOL

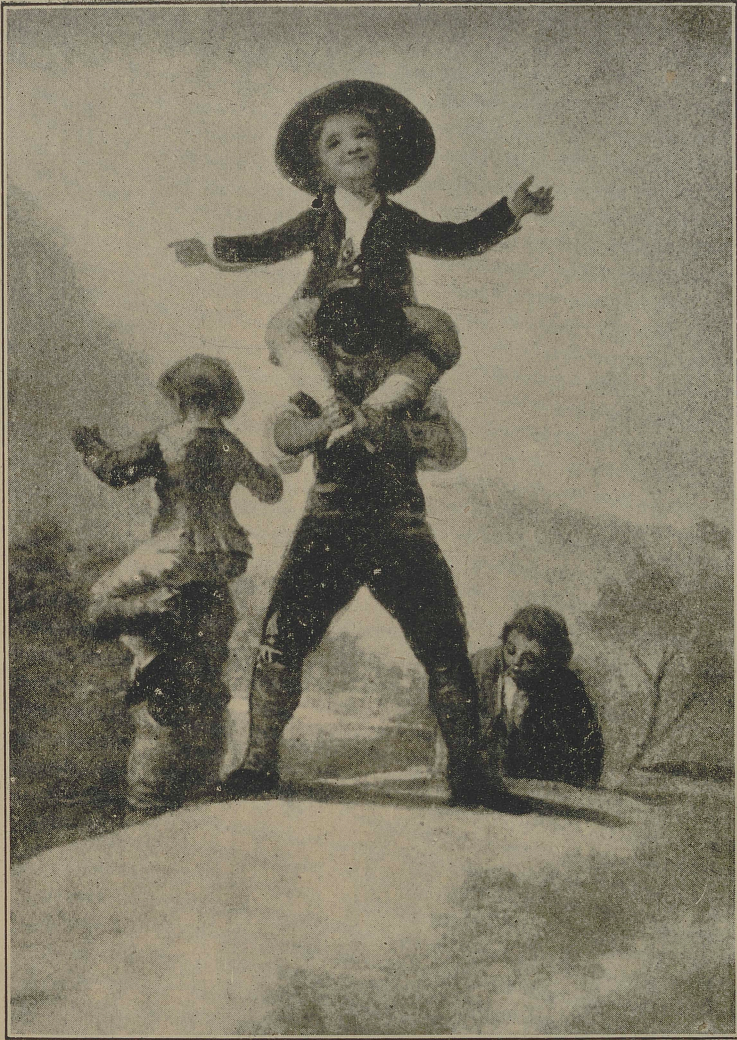


FIG. 9.^a — MASCARADA INFANTIL



FIG. 10. — ¡SOPLA!



FIG. 11. — COMUNIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

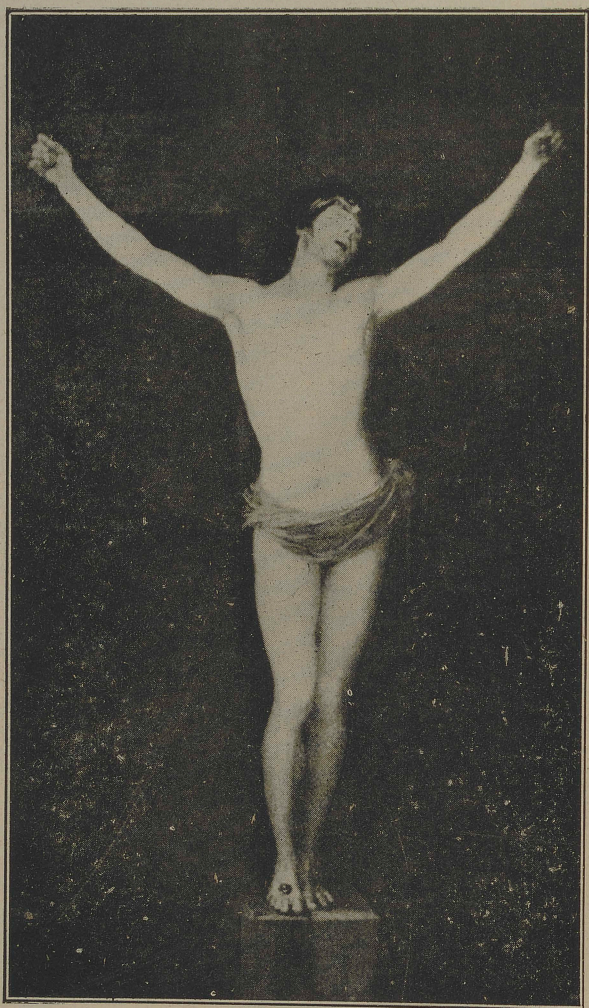


FIG. 12. — SANTO CRISTO



FIG. 13. — LOS FUSILAMIENTOS DE LA MONCLOA



FIG. 30. — EL ESQUELETO VIVIENTE



FIG. 31. — EL SUEÑO



FIG. 32. — ¡AÚN APRENDO!

